

Predicación del Evangelio en las Indias

José de Acosta



Preliminares

Dedicatoria

Al M. R. P. Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Jesús: Salud en el Señor.

El opúsculo *De Procuranda Indorum Salute*, que el año pasado escribí comenzaba a trabajar, lo tengo ya terminado, y con la oportunidad que ofrece la ida del Procurador de esta Provincia no quiero diferir por más tiempo el enviártelo, Padre, cualquiera que sea su valor.

La causa principal que me movió a componerlo fué ver que muchos tenían varias y opuestas opiniones sobre las cosas de Indias y que los más desconfiaban de la salvación de los indios, además de que ocurrían muchas cosas nuevas y difíciles, y contrarias a la verdad del evangelio, o que al menos lo parecían. Lo cual me hizo retraerme a pensar con gran diligencia en toda esta materia, e investigar ardentemente lo que hubiese de verdad, quitada toda parcialidad y afición a ninguno de los dos bandos.

Nunca pude venir conmigo en persuadirme que todas estas gentes innumerables de las Indias hubiesen sido en vano llamadas al evangelio, y que de balde hubiesen sido enviados a esta empresa otros muchos siervos de Dios, y ahora los de la Compañía, revolviendo en mi pensamiento la grandeza de la caridad divina, y las promesas de las sagradas Escrituras, y advirtiéndome en mí, debo confesarlo, una singular confianza de su salvación, concebida muy de antiguo y superior a todas las dificultades, que nunca me abandonaba. Al fin llegué a la persuasión firme y cierta, de que nosotros por nuestra parte debíamos con todo esfuerzo, procurar la salvación de los indios, y que Dios no faltaría por la suya en llevar adelante y cumplir la obra comenzada.

Queriendo, pues, confiar a las letras esta mi opinión, he repartido toda la materia en seis libros que declaran el modo completo y universal de ayudar al bien espiritual de los indios. El Libro I explica de modo común y general la esperanza que hay de la salvación de los indios, las dificultades de ella y cómo hay que superarlas, y cuán grande sea el fruto del trabajo apostólico. Luego en el Libro II se trata de la entrada del evangelio a los bárbaros, y aquí del derecho o injusticia de la

guerra, y del oficio del predicador evangélico. Una vez que los bárbaros han cedido al evangelio, se sigue que los Gobernadores, así temporales como espirituales, conserven y promuevan su salvación y bien espiritual. Por lo cual el Libro III contiene lo que se refiere a la administración civil, qué derechos tienen sobre los indios los príncipes cristianos y los magistrados, qué pueden exigirles en cuanto a tributos y otros trabajos y servicios, y al contrario, qué deben prestarles respecto a la tutela y defensa, y al arreglo de su vida y costumbres. El Libro IV trata en especial de los ministros y superiores espirituales, quiénes deban ser y cuáles, y de qué maneras puedan y tengan obligación de mirar por la salvación de los indios. Y exponiendo aquí todo lo demás, se reservan dos auxilios principales, la doctrina y los sacramentos, para los dos últimos libros. El Libro V se ocupa del catecismo y modo de la catequesis. El Libro VI, de la administración de los sacramentos a los indios conforme a la disciplina eclesiástica, dejando aparte la costumbre poco conforme a ella, introducida en algunas partes del Nuevo Mundo.

Este es el orden manera con que de claro mi propósito. No sé si será de alguna utilidad para los otros, sobre todo los de la Compañía. Para mí, ciertamente, no ha sido inútil, porque despertó y espoleó mi atención y estudio a meditar las divinas Escrituras, y los dichos de los Santos Padres, aplicándolos con especial cuidado a las cosas de este Nuevo Mundo, y habiendo tenido que recorrer esta región peruana en su mayor parte, por mandato de la obediencia, lo mismo que otras diversas tierras, me hizo consultar en varios lugares a varones muy doctos y experimentados en cosas de Indias, y leer ávidamente algunos escritos compuestos por ellos sobre esta materia con toda diligencia. Con estas ayudas, y con invocar frecuentemente el auxilio y luz de la divina sabiduría, veo haberse aumentado en mí de modo no común el conocimiento del asunto de las Indias, y juntamente la confianza como de cosa ya experimentada. Y doy gracias a la suavísima providencia de Dios, que con los mismos sucesos ha declarado copiosamente ser por su misericordia muy inferiores a la realidad, mis esperanzas acerca de la salvación de los indios. Porque ha acontecido tan grande mudanza de las cosas en estos dos años, y los indios peruanos se han comenzado a entregar tan a porfía al evangelio, favoreciendo Dios el trabajo de la Compañía, que hasta los mismos que antes miraban con malos ojos la causa de los indios, ahora le son grandemente favorables, y admiran el fervor de su fe, y no se recatan de proclamar en público que son superiores a nosotros en la piedad. A mí, en verdad, se me vienen a los labios aquellas palabras: «Mirad los que menospreciáis y admiráis, porque he aquí que yo hago en vuestros días una obra, que no la creeréis si alguno os la cuenta».¹ Sea la gloria para siempre al que obra sobreabundantemente más de lo que pedimos ni entendemos. Amén»²

Aquí tienes, reverendo Padre, lo que he pretendido en este libro, A ti toca ahora enmendar lo que hallares dicho con menos esmero, y encomendarnos a nosotros, siervos inútiles, al Padre celestial en tus sacrificios y oraciones, y en los de la Compañía, que creo le son tan agradables.

Lima, 24 de febrero de 1577.

De tu Paternidad reverenda, hijo y siervo indigno,

Proemio

Cosa harto difícil es tratar con acierto del modo de procurar la salvación de las indios. Porque, en primer lugar, son muy varias las naciones en que están divididos, y muy diferentes entre sí, tanto en el clima, habitación y vestidos, como en el ingenio y las costumbres; y establecer una norma común para someter al evangelio y juntamente educar y regir a gentes tan diversas, requiere un arte tan elevado y recóndito, que nosotros confesamos ingenuamente no haberlo, podido alcanzar. Además que las cosas de las Indias no duran mucho tiempo en un mismo ser, y cada día cambian de estado, de donde resulta que con frecuencia hay que reprobear en un punto como nocivo lo que poco antes era admitido como conveniente. Por lo cual es asunto arduo, y poco menos que imposible, establecer en esta materia normas fijas y durables; porque como es uno el vestido que conviene a la niñez, y otro el que requiere la juventud, así no es maravilla que, variando tanto la república de los indios en instituciones., religión y variedad d de gentes, los predicadores del evangelio apliquen muy diversos, modos y procedimientos de enseñar y convertir. Y ésta es la razón de que los escritores que antes de ahora han escrito de cosas de Indias con piedad y sabiduría, en nuestra edad apenas son leídos, porque se les juzga poco acomodados al tiempo presente; y no será mucho presumir, que los que ahora escriben de modo conveniente, no pase mucho tiempo sin que sean también relegados al olvido.

Bien entendemos que a los desconocedores de las cosas de Indias parecerá muchas veces que decimos cosas falsas y contradictorias, en los varios lugares en que tratamos de la condición de los indios, de sus costumbres y del progreso de la religión cristiana entre ellos; y por el contrario, los experimentados nos achacarán que no tratamos los asuntos con la debida amplitud y dignidad, y creerán que pueden ellos decir más y mejores cosas. Pero a nosotros no nos preocupa demasiado lo que los doctos echen de menos, o los indoctos hallen reprehensible en nuestro escrito. Porque quien sea prudente, fácilmente comprenderá que un mismo asunto se puede tratar de manera no en absoluto idéntica, y esto no a impulsos de la pasión o el capricho, antes siguiendo el dictado de la verdad, de cuyas normas no se aparta el que en un argumento vario, para materias diversas dice cosas diversas, y que un mismo hombre difiere de sí mismo al alabar unas veces y otras vituperar sin mentira a una misma. ciudad y a una misma casa o familia. Porque pudo con verdad el apóstol San Pablo en una misma carta colmar de alabanzas a los de Corinto, llamándolos espirituales, sabios y acabados en toda gracia y don celestial³, y juntamente reprenderlos notándolos de carnales, inflados e ineptos en las cosas del espíritu⁴, si contradecirse a sí mismo o ser olvidadizo; sino que, como dice el Crisóstomo, aplicó al común de todos lo que era verdad sólo en los particulares.⁵ Y

muchas veces un mismo profeta condena a Israel, y Judá, llamándolos mala simiente, hijos de crimen, pueblo, de Gomorra y otras semejantes afrentas⁶, y a veces en la misma página los llena de alabanzas, llamándolos pueblo, justo, hijos de Dios, heredad amada, gente santa y otros nombres de mucho honor.⁷ Mas aún, en la misma frase llama San Pablo a los romanos enemigos por sí conforme al Evangelio, y muy queridos por la elección de los padres⁸. Pues ¿con cuánta mayor razón se ha de creer que podemos nosotros decir de las naciones de indios, tan variadas y diversas, unas veces que son sumamente aptas para recibir el Evangelio, como en realidad lo son en su mayoría, otras que son refractarias a él, como sucede en algunas por los pecados de los hombres y la mala educación?

Es un error vulgar tomar las Indias por un campo o aldea, y como todas se llaman con un nombre, así creer que son también de una condición. Los que lean estas páginas verán que nosotros, con ánimo imparcial, decimos de igual manera lo bueno que lo malo, lo dulce que lo amargo. Porque Dios nos es testigo que no deseamos ni procuramos otra cosa que transmitir a los demás lo que tenemos bien averiguado, persuadidos que Dios no necesita de nuestros engaños⁹. Y no tenemos por buena disposición para ir a estas gentes y trabajar por su eterna salvación, formarse en la mente ilusiones o vanas imaginaciones, antes, entonces creemos, estar bien dispuesto el ánimo, cuando no movido por falsos rumores, sino apoyado en una firme vocación divina, recapacita prudentemente dentro de sí la grandeza de la obra de Dios que toma entre manos.

Y por ser las naciones de indios innumerables, y cada una con sus ritos propios, y necesitar ser instruída de modo distinto, y no sentirme yo con disposición para tanto, por serme desconocidas muchas de ellas, y aunque las conociera todas, sería trabajo interminable; por todo eso he preferido ceñirme principalmente a los indios del Perú, pensando así ser más útil a todos los demás. Y esto por dos razones: la una, por serme a mí más conocidas las gentes del Perú; la otra, porque siempre he creído que estos indios ocupan como un lugar intermedio, entre los otros, por donde con más facilidad se puede por ello hacer juicio de los demás. Pues aunque llamamos indios todos los bárbaros que en nuestra edad han sido descubiertos por los españoles y portugueses, los cuales todos están privados de la luz del evangelio y desconocen la policía humana; sin embargo, no todos son iguales, sino que va mucho de indios a indios, y hay unos que se aventajan mucho a los otros.

Los autores¹⁰ entienden comúnmente por bárbaros los que rechazan la recta razón y el modo común de vida de los hombres, y así tratan de la rudeza bárbara, salvajismo bárbaro, y aun de las riquezas bárbaras, queriendo dar a entender la condición de los hombres, que se apartan del uso común de los demás, y apenas tienen conocimiento de la sabiduría ni participan de la luz de la razón. Y a estos del Nuevo Mundo, a todos se les ha llamado indios, según puede conjeturarse, porque los antiguos creyeron que la última y remotísima región que limitaba la tierra era la India, adonde llegaron Alejandro de Macedonia¹¹, y el César Trajano, y es muy celebrada de escritores sacros y profanos como el límite de la tierra; y a imitación suya los nuestros llamaron indios las gentes nuevamente por ellos descubiertas, si

bien es cierto que al principio no llamaron indios, sino isleños o antillanos, a los bárbaros que hallaron en Occidente.

Siendo, pues, muchas las provincias, naciones y cualidades de estas gentes, sin embargo me ha parecido, después de larga y diligente consideración, que pueden reducirse a tres clases o categorías, entre sí muy diversas, y en las que pueden comprenderse todas las naciones bárbaras. La primera es la de aquellos que no se apartan demasiado de la recta razón y del uso común del género humano; y a ella pertenecen los que tienen república estable, leyes públicas, ciudades fortificadas, magistrados obedecidos y lo que más importa, uso y conocimiento de las letras, porque dondequiera que hay libros y monumentos escritos, la gente es más humana y política. A esta clase pertenecen, en primer lugar, los chinos, que tienen caracteres de escritura parecidos a los siríacos, los cuales yo he visto, y se dice que han llegado a un gran florecimiento en abundancia de libros, esplendor de academias, autoridad de leyes y magistrados, y magnificencia de edificios y monumentos públicos. A ellos siguen los japoneses y otras muchas provincias de la India oriental, de los cuales no dudo que recibieron en tiempos antiguos la cultura europea y asiática. Todas estas naciones, aunque en realidad son bárbaras y se apartan en muchas cosas de la recta razón, deben ser llamadas al evangelio de modo análogo a como los apóstoles predicaron a los griegos y a los romanos y a los demás pueblos de Europa y Asia. Porque son poderosas y no carecen de humana sabiduría, y por eso han de ser vencidas y sujetas al Evangelio por su misma razón, obrando Dios internamente con su gracia; y si se quiere someterlas a Cristo por la fuerza y con las armas, no se logrará otra cosa sino volverlas enemísimas del nombre cristiano.

En la segunda clase incluyo los bárbaros, que aunque no llegaron a alcanzar el uso de la escritura, ni los conocimientos filosóficos o civiles, sin embargo tienen su república y magistrados ciertos, y asientos o poblaciones estables, donde guardan manera de policía, y orden de ejércitos y capitanes, y finalmente alguna forma solemne de culto religioso. De este género eran nuestros mejicanos y peruanos cuyos imperios y repúblicas, leyes e instituciones son verdaderamente dignos de admiración. Y en cuanto a la escritura, suplieron su falta con tanto ingenio y habilidad, que conservan la memoria de sus historias, leyes, vidas, y lo que más es, el cómputo de los tiempos, y las cuentas y números, con unos signos y monumentos inventados por ellos, a los que llaman quipos, con los que no van en zaga a los nuestros con las escrituras. No harán con más seguridad nuestros contadores con números aritméticos sus cómputos, cuando hay algo que contar o dividir, que estos indios lo hacen con sus cordones y nudos; y es admirable cómo conservan la memoria de cosas muy menudas por largo tiempo con la ayuda de los quipos. Sin embargo, descaecen mucho de la recta razón y del modo civil de los demás hombres. Ocupan esta clase de bárbaros grande extensión, porque primeramente forman imperios, como fué el de los Ingas, y después otros reinos y principados menores, cuales son comúnmente los de los caciques; y tienen públicos magistrados creados por la república, como son los de Araúco, Tucapel y los demás del reino de Chile. Todos tienen de común vivir en pueblos y aldeas, y no vagando al modo de fieras, y

están sometidos a una cabeza y juez determinado que los mantiene en justicia. Mas porque guardan tanta monstruosidad de ritos, costumbres y leyes, y hay entre los súbditos tanta licencia de desmandarse, que si no son constreñidos por un poder superior, con dificultad recibirán la luz del evangelio, y tomarán costumbres dignas de hombres, y si lo hicieren, no se juzga que perseverarán en ellas; por eso la misma razón, y la autoridad de la Iglesia establecen, que los que entre ellos abracen el Evangelio, pasen a poder de príncipes y magistrados cristianos, pero con tal que no sean privados del libre uso de su fortuna y bienes, y se les mantengan las leyes y usos que no sean contrarios a la razón o al Evangelio.

Finalmente, a la tercera clase de bárbaros no es fácil decir las muchas gentes y naciones del Nuevo Mundo que pertenecen. En ella entran los salvajes semejantes a fieras, que apenas tienen sentimiento humano; sin ley, sin rey, sin pactos, sin magistrados ni república, que mudan la habitación, o si la tienen fija, más se asemeja a cuevas de fieras o cercas de animales. Tales son primeramente los que los nuestros llaman Caribes, siempre sedientos de sangre, crueles con los extraños, que devoran carne humana, andan desnudos o cubren apenas sus vergüenzas. De este género de bárbaros trató Aristóteles, cuando dijo que podían ser cazados como bestias y domados por la fuerza¹². Y en el Nuevo Mundo hay de ellos infinitas manadas: así son los Chunchos, los Chiriguanás, los Mojos, los Yscaycingas, que hemos conocido por vivir próximos a nuestras fronteras; así también la mayor parte de los del Brasil y la casi totalidad de las parcialidades de la Florida. Pertenecen también a esta clase otros bárbaros, que, aunque no son sanguinarios como tigres o panteras, sin embargo, se diferencian poco de los animales: andan también desnudos, son tímidos y están entregados a los más vergonzosos delitos de lujuria y sodomía. Tales se dicen ser los que los nuestros llaman Moscas en el Nuevo Reino, los de la campiña de Cartagena y toda su costa, los que habitan en las costas del río Paraguay y los que pueblan las dilatadísimas regiones comprendidas entre los dos mares del Norte y del Sur todavía poco exploradas. En la India oriental se dice también que son semejantes a éstos los que viven en muchas de las islas, como los de las Molucas. A la misma clase se reduce, finalmente, otros bárbaros mansos, de muy corto entendimiento, aunque parecen superar algo a los anteriores, y tienen alguna sombra de república, pero son sus leyes o instituciones pueriles y como de burlas. Tales se refiere que son los innumerables que pueblan las islas de Salamón y el continente próximo. A todos éstos que apenas son hombres, o son hombres a medias, conviene enseñarles que aprendan a ser hombres e instruirles como a niños. Y si atrayéndolos con halagos se dejan voluntariamente enseñar, mejor sería; mas si resisten, no por eso hay que abandonarlos, sino que si se rebelan contra su bien y salvación, y se enfurecen contra los médicos y maestros, hay que contenerlos con fuerza y poder convenientes, y obligarles a que dejen la selva y se reúnan en poblaciones y, aun contra su voluntad en cierto modo, hacerles fuerza¹³ para que entren en el reino de los cielos.

No se deben señalar unas mismas normas para todas las naciones de indios, si no queremos errar gravemente. No hagamos, es verdad, a la codicia y tiranía maestra de la introducción del evangelio; o, lo que es menos dañoso, no antepongamos las

ociosas cavilaciones de algunos inexpertos a la experiencia y verdad que enseñan. los hechos. Cuando vuelvo mis ojos a estas gentes de la vasta superficie de la tierra que han permanecido ocultas por tantos siglos, se me vienen a los labios aquellas palabras: «Según tu grandeza, multiplicaste los hijos de los hombres»¹⁴. Porque fué altísimo designio de Dios, y a nosotros por completo inescrutables, que se multiplicasen tantas gentes, y tuviesen por tan largos siglos cerrado el camino de su salvación. Y, sin embargo, en nuestra edad se ha dignado Dios llamarlas al evangelio, bien no concedido -a sus padres, e incorporarlos¹⁵ y hacerlos participantes del misterio de Cristo, y con tal arte y manera, y procediendo nuestros hombres de modo tan distinto que los antiguos, que con razón la mente humana se llena de espanto ante la alteza de los designios de Dios. Creemos, pues, con toda certeza y afirmamos que hay que procurar la salvación de todas estas gentes con la ayuda de Cristo, e intentamos, según nuestra pobreza, proponer cosas que puedan ayudar a los ministros del evangelio. El asunto es ciertamente en sí difícil, por lo nuevo y por lo vario, y nuestra capacidad, exigua. El que puede enseñar con lucidez y persuadir al alma lo que enseña, es solamente aquél que es maestro de todos¹⁶, autor de la sabiduría y corrector de los sabios¹⁷, en cuyas manos estamos nosotros y nuestros discursos, a quien sea dada la gloria ahora y para siempre. Amén.



Libro I



Capítulo I

Que no hay que desesperar de la salvación de los indios

Acerca de la salvación de los indios y propagación de la fe, creen los que están lejos y juzgan las cosas a medida de su deseo, que es asunto fácil y honroso, y de oír que en tan breve tiempo han entrado al redil de Cristo pueblos innumerables difundidos por todo el Nuevo Mundo, se prometen a sí mismos una mies copiosa y abundante, y sin mucho trabajo en este nuevo campo. Y así sucede que los que vienen a él a trabajar ya están pensando en las espigas y los graneros, cuando habían de preocuparse del arado y de la siembra. Al contrario, los que por experiencia ven y

tratan las cosas de cerca encuentran tantas y tales dificultades que la mayor parte, por la rudeza del trabajo, llegan a punto de desesperación, y sostienen sin vacilar que los sudores son muchos y prolongados y el fruto ninguno o muy corto. A mí, si es que me es dado sentir algo mejor y más provechoso, me parece que ambas opiniones necesitan ser corregidas y moderadas.

Porque del modo que nadie tiene siempre al alcance, de su mano las cosas grandes y de reputación, así quien desconfía en las que Dios hizo necesarias al hombre, hace injuria a su providencia. No hay linaje de hombres que haya sido excluído de la participación de la fe y del evangelio, habiendo dicho Cristo a los apóstoles: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»¹⁸; y también: «Que se predicase en su nombre la penitencia a todas las gentes, comenzando por Jerusalén»¹⁹; y más claramente: «Me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra»²⁰; y en otro lugar: «Enseñad a todas las gentes»²¹. ¿Quién, pues, menospreciará la autoridad de un precepto tan insigne y tantas veces repetido?, o ¿quién creará excluída a alguna nación, por fiera y ajena que sea a todo sentimiento humano, del beneficio de la fe y la penitencia, oyendo al Señor que manda a sus apóstoles esparcirse por todo el mundo y enseñar a todas las gentes? Y si bien es cierto que enseña San Pablo que la fe no es de todos²², esto no lo atribuye a la condición o nacimiento de los hombres, sino a perversidad y a una importuna obcecación. Ciertamente San Juan en el Apocalipsis²³, para que no solamente pensáramos en la predicación del evangelio a todo el mundo, sino en el fruto insigne que en todas partes había de obtener, nos representó en aquella muchedumbre grande y bienaventurada que sigue al cordero, a todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas que hay debajo del cielo.

Más aún; a quien con atención escrutare las Sagradas Letras, quedará sin duda patente que no sin gran razón y profundo misterio el más alejado y abyecto linaje de los hombres es llamado de modo especial al bien del evangelio. «Etiopía, dicen, apresurará sus manos a Dios»²⁴. ¿Qué gente más despreciable que los que por su misma negrura y fealdad infunden horror? De ellos dice también Sofonías: «Enervará a todos los dioses de la tierra, y cada uno desde su lugar se inclinará a él, todas las islas de las gentes. Vosotros también los de Etiopía seréis muertos con mi espada»²⁵; es, a saber, con aquella espada que Dios vino a traer a la tierra²⁶, que es la palabra de Dios, la cual penetra hasta la división del alma y del espíritu»²⁷. Y el mismo profeta: «Entonces purificaré los labios de las naciones, a fin de que todas ella invoquen el nombre del Señor y le sirvan debajo de un mismo yugo. Desde más allá de los ríos de Etiopía vendrán mis adoradores, los hijos del dispersado pueblo mío, a presentarme sus dones»²⁸. ¿A quiénes llama Dios sus dispersos, sino a los que en otra parte nombra hijos de los heridos?²⁹. Porque sacudidos con virtud celestial, como saetas elegidas y esparcidas por todo el mundo, hieren saludablemente a innumerables pueblos, a los cuales atados y suplicantes llevan en pos de sí, como despojos, a Dios en glorioso triunfo. Y quien buscare cuáles son las gentes que están puestas detrás de los ríos de Etiopía, hallará en los antiguos escritores³⁰ que más allá de las fuentes desconocidas del Nilo han llegado en sus peregrinaciones los hombres

cristianos; y no es improbable que en las Sagradas Letras se designen con el nombre de islas las tierras que rodea el mar Océano, aunque en su mayor parte son continentes; tal vez porque fué opinión de los antiguos que fuera de los confines de Europa, Asia y África a ellos conocidos no había tierras habitadas, y si las había, eran sólo islas. Conforme a lo cual cantó el poeta Píndaro que más allá de Cádiz el mar era impenetrable para los hombres, lo cual en forma de proverbio trae muchas el Nacienceno³¹. Así pues, cuando Sofonías dice que todas las islas de las gentes han de adorar a Dios, o Isaías anuncia³² que los que hayan sido salvos irán lejos a las islas, más allá de África y de Lidia, y de Italia y Grecia, y anunciarán la gloria de Dios a las gentes³³, y que de todos ellos traerán sus hermanos don a Dios, o exhorta él mismo a cantar alabanza a Dios a los que habitan en los confines del mundo, moradores de las islas y del mar; no es fuera de razón³⁴ entender que los hombres de todo este Nuevo Mundo postreramente descubierto han de ser convocados y llevados al conocimiento del nombre y gloria de Cristo. Porque, ¿quién podrá pensar que hayan sido menospreciados y puestos en eterno olvido estos hombres por el piadosísimo Señor, que los crió y redimió? ¿No es por ventura El padre de todos?³⁵, o ¿con una sangre redimió a los griegos y a los romanos y con otra a los indios y los bárbaros?

Sabemos que los sagrados apóstoles entraron a remotísimas y ferocísimas naciones, y sin temor de su crueldad ni hastío de su bestial condición les predicaron el evangelio, y los bautizaron, y llevaron a Dios ofrenda de ellos, conforme al profético vaticinio. Se reconocían deudores a los griegos y a los bárbaros³⁶, a los sabios ya los ignorantes, por el talento que habían recibido; comprendían que en Cristo Jesús no hay indio ni griego, bárbaro ni escita, sino solamente la nueva criatura que por el conocimiento de Dios se renueva conforme a la imagen de aquel que la crió³⁷. Porque a los que el Padre de familia, aunque cojos, débiles, andrajosos y sucios se dignó según su grandeza invitarlos a la mesa del celestial banquete³⁸, ¿con qué osadía y temeridad se atreverían los siervos a rechazarlos del convite, o a menospreciarlos y hacer asco de ellos? ¿O es que pensamos que conocen mejor la excelencia del festín y la cuenta de los convidados los siervos que el que es criador y dador de todos los bienes? A la verdad en aquel lienzo que fué mostrado a Pedro hambriento³⁹, había no solamente aves y animales de toda especie sino también serpientes y reptiles, mostrándonos la divina historia que también los astrosos y abyectos y como que andan arrastrados por el suelo han sido santificados por Dios. Pues bien: de lo que Dios santificó no es lícito que nosotros hagamos asco, y lo rechazemos. Por tanto, desistamos de sacar a relucir la dureza y tardo ingenio de los indios ante tantas promesas de la caridad de Dios; y, confiados en la fidelidad del que lo prometió, no osemos afirmar que algún linaje de hombres está excluído de la común salvación de todos.

Capítulo II



Razón porque parece a muchos difícil y poco útil la predicación a los indios

De estas y otras semejantes palabras de la divina Escritura se muestra bien a las claras que el Padre de las misericordias no quiere que perezca nadie, sino que todos hagan penitencia⁴⁰, que todos se salven y vengan al conocimiento de su santo nombre⁴¹. Los que consideran la universalidad de estas palabras echan firmes raíces en la esperanza, y se encienden en deseo de procurar la salvación, de las almas, habiendo dicho El a los suyos: «Yo os he puesto para que vayáis y hagáis mucho fruto»⁴². Mas cuando se viene a la obra, parece a la humana flaqueza la realidad tan contraria a las promesas, se ven tan cerrados a los hombres miserables los caminos de salvación, que se enfría el primer ardor, y viene sin sentir a la mente el pensamiento de la ira divina, que no se complace en la muchedumbre de sus hijos infieles e incapaces de salvación⁴³. Porque justo castigo es, dicen, de la infidelidad pasada su presente ceguera, y que los que menospreciaron la voz de Dios cuando les hablaba en la naturaleza, ahora que suena en el evangelio, cerradas las orejas, no sean dejados oír; y pues fué oculto juicio divino que pueblos tan innumerables careciesen de la noticia de Dios por tantos millares de años, de la misma manera acontezca en nuestra edad, que llegue a ellos una noticia de Dios muy tenue y apagada, o que se les proponga de manera que la rechacen, o que si llegan a recibirla, la abandonen poco después con más grave daño. Porque, ¿quién conoció el sentido del Señor?⁴⁴. Y en verdad son sus juicios un abismo muy profundo.

De manera que la misma experiencia parece demostrar que esta infinita muchedumbre de indios bárbaros, por exigencia de su misma maldad, han estado por mil y cuatrocientos años lejos de la luz del Evangelio, y creciendo aún más el furor de la ira divina, después que, como dice el *Salmo*, brillaron sus rayos al orbe de la tierra⁴⁵, al resplandecer en estas regiones la luz de la verdad, se cegaron las mentes de los infieles, para no ser alumbrados por el Evangelio de la paz. Pues lo que creen algunos que en tiempos lejanos sonó en estas regiones la trompeta del Evangelio, aduciendo el testimonio del profeta, que trae San Pablo: «Por toda la tierra se extendió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe sus palabras»⁴⁶, no me parece convincente, puesto que San Agustín afirma de su tiempo que en algunas partes de África era desconocido el nombre de Cristo, y ni siquiera la fama del imperio romano había llegado a ellas⁴⁷. A mí me mueve más para opinar lo contrario la autoridad de Cristo, que claramente enseñó que el fin de los tiempos no vendría hasta después que el Evangelio hubiese sido predicado en todo el mundo⁴⁸. Por lo cual el testimonio del *Salmo* hay que entenderlo de los apóstoles, más de manera que juntamente incluyamos a los varones apostólicos⁴⁹ cuyo sonido se extiende, sí, por todo el orbe de la tierra, mas poco a poco y a sus tiempos, conforme a los decretos de la preordinación divina. Común es a los profetas ver

reunidos, como en un punto, tiempos entre sí muy distantes, y de todos ellos anunciar lo que se ha de ir cumpliendo por sus partes; regla muy necesaria para la recta inteligencia de las escrituras, como no lo duda quien está en ellas medianamente ejercitado. Pues bien: los vestigios que dicen haber hallado en algunas partes de la fe recibida en pasados tiempos, como cruces erigidas, y algunas otras señales, no hacen argumento convincente. En las provincias altas del Perú dura hasta hoy la fama conservada por tradición antigua de los indios, que vino en otros tiempos cierto varón insigne, semejante a nuestros castellanos, a quien en su idioma llaman Tiesiviracocha, el cual les enseñó muchas cosas útiles, pero no aprovechando nada con sus palabras, ilustre en virtudes y obras extraordinarias, fué coronado del martirio. Algunos afirman haber visto una estatua suya en hábito muy diferente del de los indios y parecida a nuestros santos. Mas, aun concediendo que sea esto verdad, que no hay por qué negar que pudo suceder, ¿qué diremos de otras gentes infinitas, a las que no conocemos, pero sabemos por razón certísima que existen? Para mí tengo por cierto que la mayor parte de la tierra está aún por descubrir, lo cual afirman los más peritos de la náutica y la cosmografía, y que la que ahora poseemos ha sido hasta el presente desconocida para ningún hombre cristiano.

No faltan, volviendo a nuestro propósito, los que creen que estos pueblos, y gentes y barbarie innumerable, como antes han estado destituídos de la luz evangélica, así ahora que ha llegado a ellos no tienen la necesaria inteligencia y capacidad para percibir la doctrina saludable; porque ambas cosas pertenecen a los consejos inescrutables de Dios, los cuales, como no los podemos penetrar, así tampoco debemos condenarlos ni culparlos. Cuanto en el libro de la Sabiduría se dice de los cananeos, quien conozca el ingenio y costumbres de nuestros indios, concederá fácilmente que les conviene a maravilla. No ignorando, dice, que es perversa su nación, y natural su malicia, y que no era posible que se mudase su pensamiento para siempre, porque era simiente desde el principio maldita⁵⁰. Hay, pues, gentes imbuídas en una malicia ingénita y como hereditaria, cuyo pensamiento es tan rebelde, y está tan hundido en la maldad, que será muy dificultoso arrancarlo de ella. Como no puede el etíope cambiar el color de su piel, o el leopardo sus manchas multicolores, así tampoco podéis vosotros hacer el bien, estando enseñados a hacer el mal⁵¹. De tal manera se hunde a veces la mente humana en el abismo de la maldad, que será cosa de milagro si alguno puede sacarla de ella. Y para que no se atreva el barro vil a acusar a su criador, previene al punto la divina palabra, diciendo: «¿Quién te podrá decir por qué lo hiciste así, o quién podrá estar en pie contra tu juicio? ¿Quién se presentará ante ti como vengador de los inicuos, o quién podrá culparte si perecen las naciones que tú hiciste?»⁵². Esta es, pues, la primera causa y la principal que puede traerse de que en estas regiones con mucho trabajo no se pueda esperar gran fruto, porque son simiente maldita, destituída del divino auxilio y destinada a la perdición.

Mas dejando aparte los altísimos designios de Dios, la doctrina cristiana es en sí sublime, y la vida que muestra el evangelio, más que humana. Pide la palabra de la fe hombres íntegros y de elevados pensamientos, que sepan juzgar según la ley de la

perfecta libertad⁵³. Y todo lo contrario es la nación de los indios, porque aunque hay sus más y sus menos, son todos ruines y torpes y ajenos de toda nobleza, todos de condición baja y servil, de corto ingenio y juicio escaso y vacilante, todos de natural inconstante y caedizo; en sus costumbres, desleales e ingratos, hechos a ceder sólo al miedo y a la fuerza, sin sentimiento apenas de honra, y sin ninguno de pudor. Se diría haberlos tenido presentes el Crisóstomo, cuando describe las costumbres de los esclavos: En todo el mundo, dice⁵⁴, se tiene por averiguado que los esclavos son comúnmente desvergonzados y difíciles de educar, lascivos, lúbricos y poco acomodados para recibir cualquier doctrina y menos la de la virtud; su condición no solamente es servil, sino de algún modo bestial, que más fácil será domar a las fieras que refrenar su temeridad o despertar su desidia y estupidez; tan rudos son para aprender, y tan duros y osados para enfurecerse y herir. Finalmente, como bestias irracionales⁵⁵, destinadas por su naturaleza al lazo y a la presa, viven en perpetua corrupción, no respetan las leyes del matrimonio ni de la naturaleza, y se guían por su apetito proscribiendo la razón. ¿Para qué, pues, cansarse en echar las margaritas a los puercos o dar lo santo a los perros⁵⁶, que fácilmente vuelven al vómito o hallan su delicia en revolcarse por el fango?⁵⁷. ¿Creemos que los que viven como niños, sin usar de la razón, los que tienen alma privada de sentimientos, los que en su barbarie llegan a devorar las entrañas humanas⁵⁸, han de ser regidos por la ley y razón, y no más bien sujetos con cuerdas y cadenas?⁵⁹.

Pues vengamos a la lengua, que es necesaria para evangelizar, conforme al apóstol, que dice: «La fe por el oído, y el oído por la palabra de Dios»⁶⁰. En este punto, los que toman sobre sí la carga de instruir a los bárbaros padecen tales dificultades que querrían más herir las piedras o quebrantar los mármoles, que haber de declarar misterios difíciles y elevados, sin tener lengua y hablando a sordos. Dicen que en otros tiempos con setenta y dos lenguas entró la confusión en el género humano; mas estos bárbaros tienen más de setecientas, hasta el punto que no hay valle algo crecido que no tenga la suya propia. Porque, aunque en todo el gran imperio de los Ingas, que se extiende desde Quito en la línea equinoccial hasta la dilatada provincia de Chile por casi cuarenta grados, se usa una lengua general, introducida por el rey Guainacapa, sin embargo hay naciones innumerables de indios fuera de este imperio, y aun las mismas que están dentro de él no la tienen por tan familiar que sea usada indiferentemente por el vulgo. Añádase a esto que para expresar los misterios más altos de la fe faltan palabras en estas lenguas bárbaras, como experimentan los que las usan. Y declarar cosas tan profundas por intérpretes, confiando los misterios de la salvación a la fidelidad y al lenguaje tosco de cualquier hombre bajo y vulgar, aunque con frecuencia, urgiendo la necesidad, se hace; sin embargo, cualquiera ve, y la experiencia enseña largamente, cuán inconveniente es y aun pernicioso, y ocasionado a mala interpretación, y a tomar una cosa por otra, ya sea porque el intérprete no alcanza más en su rudeza, ya porque se descuida en atender al que enseña. ¿Qué hará, pues, el que no tiene el don de lenguas ni de interpretación de palabras al verse necesitado a hablar bárbaro con los bárbaros, no sabiendo él hablar y no pudiendo callar?

A la dificultad de la lengua hay que añadir la de los lugares, que no es menor. Porque pasando por alto la larguísima navegación llena de molestias y peligros, los mismos parajes donde habitan los indios, casi inaccesible, parecen excluirlos del camino de salvación. La mayor parte de ellos viven como fieras, no en ciudades o pueblos, sino en rocas o cavernas, no reunidos en común, sino esparcidos y cambiando a cada paso de morada; sus caminos, propios de ciervos o gamos; casas, ninguna, sin techo y sin paredes sacadas do cimiento; manadas de animales o abrevaderos habría que llamarlos, más bien que reunión de hombres. ¿Quién, pues, irá a tales gentes? ¿Quién los tratará? ¿Quién los reunirá? ¿Quién los enseñará? ¿Quién los exhortará? «Con un dormido habla, dice el Sabio⁶¹, quien cuenta al necio la sabiduría». Pues habiendo entre los domésticos ole la fe tantos a quienes se puede repartir con fruto el pan de la doctrina, ¿por qué se ha de quitar a los hijos para darlo, o mejor arrojarlo, a los perros?⁶² ¿Qué buen consejo es posponer lo cierto a lo incierto y arrostrar los mayores trabajos con utilidad ninguna o muy escasa?

A estas causas creo que reducirán su opinión, si quieren razonar seriamente, los que reputan difícil el negocio de la salvación de los indios o lo miran con malos ojos.

△▽

Capítulo III

La dificultad de la predicación no debe atemorizar a los siervos de Cristo, y con qué razones se pueden animar

La representación de las dificultades que ocurren en la predicación de la palabra de Dios es útil, si se trae con prudencia, para templar el ardor juvenil y refrenar la audacia de algunos que, como dijo Aristóteles, acometen con prontitud los peligros desconocidos, y con mayor ligereza los abandonan cuando los experimentan⁶³. Porque las lides del Señor de los ejércitos quieren varones fuertes y valerosos, no soldados bisonos, audaces y temerarios, que a imitación de los de Efraín templan y disparan sus arcos en el ocio de los suyos, y en el día de la batalla vuelven las espaldas⁶⁴. Y es, por el contrario, propio del varón fuerte y prudente parar mientes en todos los riesgos y dificultades y en los sucesos dudosos, no para desesperar de la victoria, atemorizado por la dificultad del trabajo, sino para acometer la empresa con más aparejo y disposición, y para llevar menos a mal el ruin suceso, si por ventura sobreviniere. Así vemos que Moisés, mirando sus fuerzas, rehusó parecer ante Faraón⁶⁵, y Jeremías procuró apartar de sí el oficio de profeta⁶⁶, y Saúl, cuando todavía era llevado del espíritu de Dios, al ofrecerle el reino, se ocultó⁶⁷; todos los cuales y los demás siervos de Dios, aunque la magnitud de las empresas bien conocida les atemorizaba, sin embargo, más los alentó y robusteció la palabra y

promesa de Dios omnipotente. Gran verdad es lo que oí a un varón insigne de la Compañía, ejercitado por muchos años en el ministerio de los indios, y creo haberlo por mí mismo comprobado, que entre todas las virtudes necesarias para ese oficio la principal es la humildad. Ella no aspira a lo grande, ni se promete cosas ilustres, ni se quebranta por el trabajo, ni desprecia el fruto aunque sea corto; antes, lo que Dios quiere obrar, tiene por grande, con ánimo agradecido. Da Dios, en verdad, su gracia a los humildes⁶⁸, y por el ministerio de ellos confunde lo fuerte e ilustre de este siglo. Ciertamente, me parece, que la falta de humildad es la causa principal del poco fruto que vemos, y que después de sembrar mucho cojamos poco, porque, como dice el profeta, nos damos prisa en reparar nuestra casa, y no cuidamos de la de Dios⁶⁹, es a saber, buscamos nuestra propia gloria con más solícitud que divina.

Pero conviene pensar con atención que siempre la predicación de la fe fué muy difícil, y la fructificación del evangelio laboriosa. Pues callando los impedimentos antecedentes y consiguientes a la palabra de Dios, que hacían que no fuese recibida, o que una vez recibida no fructificase, la misma doctrina cristiana en sí encierra un monte de dificultad⁷⁰. Porque contiene enseñanzas que superan la humana comprensión, y no las demuestra; exige costumbres por completo ajenas de codicia, y vanagloria, y manda cortar de raíz los vicios que son congénitos a la naturaleza, y con el uso están profundamente arraigados; promete premios que no se ven, y manda menospreciar y hollar los bienes que se ven; transporta el sentido humano a lo que es sobre todo sentido, y manda que los hombres hagan vida de ángeles. Pues ¿quién juzgará cosa fácil transformar las bestias irracionales en espíritus celestiales, y eso colaborando la misma voluntad a quien se hace violencia? En verdad que de Dios sólo es esta obra, no de hombres o cualquiera otra criatura; El quiere su propia obra, y: «ésta es la obra de Dios, dice San Juan, que creáis en El»⁷¹, y en otra parte: «Nadie viene a Mí sino aquel a quien trae mi Padre»⁷², y el apóstol: «Don es de Dios, no esfuerzo vuestro, para que nadie se gloríe»⁷³.

Pues si volvemos los ojos al autor y consumidor de nuestra salvación, Cristo Jesús, una cosa nos llenará de consuelo y enseñanza, a fin de que toda lengua calle y se someta a Dios todo espíritu. Porque quien considera la alteza de la eterna sabiduría, el poder de los milagros, las entrañas de la divina misericordia, al verla inclinarse a enseñar y reducir a los hombres, ¿no se persuadiría que con un solo sermón de Cristo había de convertirlos a todos, y que a tan alto predicador. habría de seguir a porfía el género humano en incontable muchedumbre? Pues bien; de otra manera sucedió. Predicó por mucho tiempo, con gran esfuerzo, con suma diligencia, haciendo milagros portentosos que nadie antes había hecho, juntando una vida inocentísima, una conversación suavísima, una autoridad divina. Y ¿qué consiguió? ¿Qué fruto logró? Si alzas tus ojos a los eternos consejos, más de lo que puede creer, pero si atiendes a la gratitud y sumisión de los hombres, triste es pensarlo: en un pueblo reducido, al que instruyó por más de mil años con los oráculos de la Ley y los Profetas, apenas conquistó unos pocos discípulos, y eso no de los más principales, ni todos constantes; y, al contrario, se le suscitaron muchos adversarios e innumerables detractores, que de malos que eran se convirtieron en pésimos. Y ¿se

ofenderá el hombrecillo de que las mieses puestas a su cuidado no se yergan a la primera vez que arroja la semilla? ¿Se llamará a engaño si a su predicación no ve postrarse millares de hombres rendidos?

Conmovido Juan Bautista de los pocos que seguían a Jesucristo, dijo a sus discípulos: «El que viene del cielo, sobre todo es, y lo que vió y oyó, eso testimifica, y nadie recibe su testimonio»⁷⁴; porque para la dignidad de tal maestro, tan pocos discípulos no le parecían al Bautista ninguno. Mas oigamos al mismo capitán y apóstol de nuestra confesión, elevando su oración y queja al Eterno Padre: «Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mi fortaleza»⁷⁵. ¿Por ventura, tantos y tan grandes trabajos de predicar, de pernoctar, de recorrer lugares y castillos, de clamar, de navegar, de sanar enfermos, de obrar maravillas, no los llamarás vanos y casi infructuosos si consideras el pequeño número de los discípulos de Cristo y la muchedumbre y dureza de sus enemigos? ¿.Por ventura, no dirás que en vano se gastó tanta fuerza y se consumió tanta fortaleza, si lo contemplas crucificado en la casa de los que le amaban, abandonado en parte de los suyos y en parte traicionado, y atormentado con insaciable crueldad por sus enemigos, herido y puesto en la cruz? Mas;¿cómo razona el sapientísimo maestro? ¿Cómo se alienta y consuela? «Mi juicio, dice, está delante del Señor, y mi recompensa con mi Dios»⁷⁶, como si dijera: no me cuido más de los hombres, no atiende a su gratitud, sino sólo miro a Dios; sé la rectitud de su juicio; mí obra a él la consagro, mi esperanza en él la coloco, por su gracia todo lo hago y padezco gustoso, juzgando los gastos por ahorro. Este era el ánimo, ésta la mente del Salvador. En esto, deberíamos parar mientes todos los que hacemos la obra de Dios y deseamos ser tenidos por operarios fieles y verdaderos. No hacemos nuestro negocio, sino el de Dios; tomemos nosotros con prontitud todo el cuidado de la obra, y dejemos a Dios el fruto.

Quien trabaja con esta humildad verdadera y trata la obra de Dios con sincera caridad, aunque parezca a veces que no obtiene fruto, oye, sin embargo, en su interior la divina respuesta: «Ahora, pues, dice el Señor, el que me formó desde el vientre por su siervo, para que se convierta a él Jacob; bien que Israel no se juntará; con todo seré estimado en los ojos del señor, y el Dios mío será mi fortaleza». Y dijo: «Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures los asolamientos de Israel; también te di por luz de las gentes, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra»⁷⁷. Bastante es lo dicho, con ejemplo tan claro e insigne de Cristo Nuestro Señor, para aliviar cualquier molestia y acallar cualquiera queja, a quien le quede un resto de corazón y aun de entendimiento, porque no está el discípulo sobre su maestro, ni es el siervo mayor que su señor⁷⁸.

△▽

Capítulo IV

Prosigue la misma materia

El ejemplo de Cristo nuestro Salvador debería bastarnos: pero añadamos aún estímulo a nuestra pereza y acuciémosla con el ejemplo de los santos. Contemplamos los trofeos que ganaron los apóstoles, admiramos a los que victoriosos del mundo llevaron el signo de la cruz más allá de las águilas romanas, y si nos fuera dado, quisiéramos imitar hazañas tan gloriosas. Mas detengamos nuestro pensamiento a considerar los sudores que pasaron, los peligros, los combates, las dificultades de los tiempos y la pujanza de los enemigos, y entenderemos, sin duda, que les costó más cara la victoria de lo que fácilmente se puede creer. «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino muy poderosas en Dios para derrocar fortalezas, destruyendo los designios humanos y toda altanería que se engríe contra la ciencia de Dios»⁷⁹, dice el apóstol; el cual, en otra parte, conmemora que propagó el evangelio desde Jerusalén al mar Ilírico y regiones que lo rodean, cuya extensión y grandeza quien las considere se espantará de que pudiera un hombre conocerlas tan solo, cuánto más henchirlas con la doctrina evangélica⁸⁰. Y en el mismo lugar anuncia su propósito de ir a España⁸¹, cuyo cumplimiento, después de su primera prisión en Roma, lo atestiguan graves autores, entre ellos San Jerónimo y el Crisóstomo⁸². Mas con cuántos trabajos y peligros realizó obras tan grandes, él mismo lo cuenta por extenso en la segunda Carta a los Corintios⁸³, donde quien considere tanto cúmulo de padecimientos no vacilará en persuadirse que sólo por la cruz pudieron vencer los predicadores de la cruz, y sólo por ella vencerán, asimismo, sus imitadores.

Y es digno de notarse que siendo la cruz una misma, trae ahora a los ministros del evangelio dificultades distintas y aun contrarias que a los apóstoles, para que admiremos los consejos de Dios. Porque a nosotros nos combate la cortedad o insipiente de los bárbaros, y a los apóstoles, al contrario, la inflada y prepotente sabiduría de judíos, griegos y romanos, por serles afrentoso presentarse indoctos ante la sinagoga, la academia o el senado. «Nosotros, dice San Pablo, predicamos a Cristo crucificado, que para los judíos es escándalo y para las gentiles locura»⁸⁴ (83 bis). Y añade, sintiéndose honrado: «Porque no me avergüenzo del evangelio»⁸⁵; y a Timoteo: «No te avergüences del testimonio del Señor»⁸⁶. A ellos les perseguía el poder del siglo, cuando amenazaban los lictores; a nosotros no nos dan temor los magistrados de los bárbaros, pues tienen la vara del poder los cristianos; pero éstos sí nos ocasionan molestias y daños no escasos, cuando por el mal ejemplo y la avaricia de algunos se echa por tierra lo que otros edifican para la fe. Ellos tuvieron que luchar con ingenios soberbios y contumaces, pues la prudencia del siglo rechazaba sin remisión la simplicidad de la fe; nosotros, al contrario, padecemos la inconstancia y la imbecilidad natural de los indios, viéndonos obligados a arrojar la divina semilla a tierra fofa y arenosa, y no en peña viva como ellos. A los apóstoles les cansaba el trabajo sin reposo, la pobreza, la ignominia, los tormentos y el peligro

cotidiano de muerte; a nosotros nos fatiga el tedio, la falta de palabra, la bajeza de los naturales, la soledad y el desaliento y desesperación.

Así que la predicación de la fe, por ser cosa tan alta y superior a la estimación humana, nunca ha podido llevarse a cabo sin gran dispendio de trabajo y perseverancia. ¿Quién ha creído lo que nos ha oído, y el brazo del Señor a quién ha sido revelado?⁸⁷ En Dios hay que poner la esperanza, que es el que da la palabra a los predicadores con grande esfuerzo⁸⁸, para que vayan y arrojen con llanto la semilla, y a la vuelta vengan alegres trayendo sus manojos⁸⁹. El mismo Señor dice: «He aquí que yo os envío»⁹⁰; es el mismo que hace obrar la fe⁹¹ y da el incremento para que el evangelio crezca y fructifique en todo el mundo⁹². Mas a nosotros, bisoños, nos atemorizan y quebrantan los trabajos de la lucha y decimos: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que los presentes?⁹³ Necio pensamiento; porque si nos hubieran cabido en suerte esos tiempos, no habiéramos podido sobrellevar tan grande aspereza; mas porque son pasados los creemos felices y gustosos. Si pues nos atrae y cautiva el admirable adelantamiento de la fe en los tiempos antiguos y nos hastía nuestra pobreza, pensemos que los trabajos de aquellos predicadores fueron sin comparación muy superiores a los nuestros, y demos gracias a la bondad y sabiduría de Dios, que conforme a la magnitud de la obra envía los obreros necesarios.

Algunos llevan en paciencia que no se vean hoy día las maravillas de los tiempos apostólicos; mas les pesa que en proporción a sus trabajos y molestias no corresponda el fruto. Los cuales habrían de consolarse con las palabras del apóstol: «Cada uno recibirá su propio salario a medida de su trabajo, porque nosotros somos coadjutores de Dios y ellos el campo que Dios cultiva, el edificio que Dios fabrica»⁹⁴. No hará cuenta el amo de la viña en el pagar, tanto del fruto cuanto del trabajo; y más se agradará tal vez el padre de familias del trabajo fiel, aunque estéril, que del fácil y fecundo. Por lo cual vemos que aun los grandes predicadores de la fe fueron muchas veces probados con la cortedad del fruto. Pues po hablar de un Ezequiel a quien Dios anuncia: Si a muchos pueblos de profundo lenguaje y de lengua desconocida, cuyas palabras no puedes entender, fueres enviados, ellos te oirían; mas los de la casa de Israel no te quieren oír⁹⁵; ni de Jeremías despreciado y tenido en ludibrio por Hananías y otros falsos profetas⁹⁶, ni de Amós, censurado por Amasías⁹⁷, y los demás profetas; los mismos apóstoles del Señor no reportaron muchas veces de sus grandes trabajos, sino injurias. Por dos años es tuyo Pablo preso en Cesarea, disputando casi todo, los días con Félix, y nada consiguió⁹⁸; por el testimonio de Jesucristo se ve Juan desterrado⁹⁹. Santiago, su hermano, solamente convirtió en España, según cuentan, siete o nueve, después de venir desde Jerusalén con tan dilatada peregrinación. Con razón dice el Señor: «No es, el discípulo mayor que el maestro, si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra»¹⁰⁰; y otras veces exclamaba: «¿A, quién compararemos esta generación? Cantamos y no bailasteis, nos lamentamos y no llorasteis»¹⁰¹.

Aunque no sé quién puede tener justa queja si gane con su industria y trabajo pocas almas, y aun con una sola que ganase, cuando el Señor de la gloria por una

sola alma no habría rehusado padecer cuanto padeció, como elegantemente dice Crisóstomo¹⁰². Cuyas palabras áureas a este mismo propósito me pareció poner aquí¹⁰³: «Nada hay, dice que pueda compararse con un alma, ni todo el universo mundo; y aunque distribuyas inmensas riquezas a los pobres, más haces si conviertes un alma». Y más abajo: «Si hoy no conviertes a nadie, lo convertirás mañana, y si nunca lo llegares a convertir, recibirás, sin embargo íntegro el galardón. Y si no puedes persuadir a todos, podrás a algunos. Porque los mismos apóstoles no pudieron persuadir la fe a todo el mundo, a pesar de que con todos disputaron, y de todos alcanzaron recompensa; puesto que Dios no suele repartir las coronas por el suceso de los hechos, sino por la intención de las buenas obras; y lo que hizo con la viuda que ofreció dos óbolos, lo mismo lo hará con los que predicán. No tengas a menos, pues, las cosas pequeñas, porque no puedes convertir a todo el mundo, y por el deseo de cosas mayores no abandones lo que es menos; si no puedes cuidar de ciento, ten cuidado de diez, y si no puedes diez no desprecies a cinco, y si aun cinco supera tus fuerzas, no desprecies a uno; y si ni a uno puedes, no pierdas la esperanza, ni desistas del trabajo; porque si no despreciamos las cosas pequeñas, conseguiremos también las mayores». Hasta aquí este Padre. Cuya exhortación ella sola es bastante para alentar y conformar los ánimos de los obreros del Señor, con tal que no cierren los oídos a la razón.

Finalmente, ofrece la causa de los indios propios y peculiares provechos, para no citar sólo los comunes, y ventajas de sumo precio ante Jesucristo. Ante todo de humildad, porque el trabajo que se emplea con ellos es tanto más seguro, cuanto es más ajeno, de vanagloria. Después de caridad, pues en testimonio de amor a Jesucristo se consagra la vida en beneficio de la extrema indigencia, y del peligro de tantos millares de almas que perecen. Además, ¿qué mayor argumento y prueba de constancia y paciencia que afrontar lo que a tantos aterra, es a saber, que con el corazón lleno de tedio por la gloria de Cristo, después de trabajar mucho, parezca que se consigue poco fruto? Me atrevo a decir que, con sola la alabanza de esta paciencia, podemos emular la gloria de los apóstoles. Finalmente, tengo por cierto que el fruto, en atención al trabajo y al mérito, es mucho mayor, y que gravemente se engañan los que, llevados de su desidia o ambición, se quejan de que emplean su trabajo con poco provecho en esta viña del Señor. Lo cual, más abajo, en su sitio propio demostraremos. Quede ahora solamente asentado que, aunque hubiera poco fruto en el negocio de las almas, no por eso deberían menos emplear su diligencia y alientos los fieles operarios de Jesucristo, cuando en tanto grado ejercitan la caridad con él, y nada se disminuye del propio galardón.

△▽

Capítulo V

Las naciones de indios, por muy bárbaras que sean, no están destituidas del auxilio de la gracia para su salvación

Respondemos ahora sobriamente y con verdad a las razones aducidas arriba contra la salvación de los indios; las cuales se pueden reducir a cuatro capítulos, que son: la sustracción de la gracia de Dios, la depravación de la naturaleza y las costumbres, la dificultad del lenguaje y la molestia de los lugares y habitación.

Y comenzando por la primera, no podemos negar que hay muchos hombres que por ocultos juicios de Dios, están abandonados en las tinieblas, y qué digo hombres particulares, familias y ciudades y aun provincias y naciones enteras. Los cuales los hubo antiguamente y aún perduran sin la fe en Jesucristo, separados de la conversación de Israel, y huéspedes de los testamentos, sin esperanzas en las promesas y, en una palabra, sin Dios en el mundo¹⁰⁴. Y por qué la gracia y elección divina haya dejado por tanto tiempo parecer tantos miles de almas, es un misterio profundo, que fuera impío quererlo rastrear. El apóstol San Pablo en este lugar detiene su paso y alza el pensamiento a la inescrutable sabiduría de Dios; porque habiendo referido que los gentiles fueron llamados al evangelio después de la obstinación de Israel, y que el mismo Israel será salvo al fin de los tiempos, después que hubiere entrado al reino la multitud de los gentiles, considerando el abismo que se abría ante sus ojos al considerar por qué Dios había querido que la incredulidad de Israel constituyese las riquezas de los gentiles, y por qué dilató la salvación de éstos, y al ofrecérsela dió repulsa Israel, como si a ambos pueblos no pudiese abarcarlos juntamente la gracia de Dios, detiene su paso y lanza aquella exclamación admirable¹⁰⁵, en la que prefiere que el hombre quede seguro en su ignorancia, antes que precipitarse en el abismo de su pensamiento, pasando, como dice Ambrosio (o quien sea el autor del libro *De vocatione gentium*, pues el estilo parece más bien de Próspero de Aquitania), por ser, ignorante en las cosas que no conviene, y no queriendo palpar a oscuras las cosas que no es lícito saber. «Porque muchas cosas hay, dice¹⁰⁶, en la dispensación de las obras de Dios, en las que se oculta la causa, y solamente se muestran los efectos de arte que aparece lo que se hace y no la causa por qué se hace, y ven los ojos la obra quedando oculta la razón, para que la presunción se contenga ante lo insondable, y la falsedad de lo que es patente se rehace». Y en el libro siguiente¹⁰⁷: «¿Quién declarará a los murmuradores y curiosos por qué no sale ya el sol de la justicia a muchos gentiles, y todavía no muestra sus rayos la verdad de la revelación a muchos corazones que yacen en las tinieblas? Más quisiera en negocio tan grave y tan profundo confesar la cortedad del humano ingenio, poniéndolo en manos de Dios con recto y seguro juicio, que no correr el peligro de quedar ciego con tan grande resplandor¹⁰⁸, si intentare penetrar contra el divino precepto lo que está oculto a los ojos de los hombres.» Hasta aquí el citado autor.

Mas porque acerca de los gentiles es más común la duda, y hiere más y punza los corazones, añadiremos algunas razones, que, aunque no subyuguen del todo el ánimo engreído, infunden no poco consuelo al sumiso y obediente. Y nadie lo explica mejor que San Agustín, muy versado en esta materia; el cual dice escribiendo a Optato¹⁰⁹: «Por qué fueron creados aquellos que el criador previó que pertenecían o no a la gracia, sino a la condenación, lo dice el bienaventurado apóstol, con tanta más sucinta brevedad, cuanta mayor autoridad, porque Dios, dice, queriendo manifestar su ira y demostrar su poder, sustentó con mucha paciencia los vasos de ira que estaban reservados para la perdición, a fin de hacer patentes las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia.»¹¹⁰ Y poco después: «Con razón podría a alguno parecer injusto que se hagan vasos de ira para la perdición, si no estuviese toda la masa condenada en Adán. El ser hechos, pues, por el nacimiento vasos de ira, pertenece a la pena debida, y el ser hechos por el nuevo nacimiento vasos de misericordia pertenece a la gracia indebida¹¹¹. Demuestra, pues, Dios su ira, es a saber, su justa y determinada venganza, en que de la estirpe desobediente se propaga el germen del pecado y del suplicio, y muestra su poder, en que aun de los malos usa bien, concediéndoles muchos bienes naturales y temporales, y atemperando su malicia, para ejercitar a los buenos y amonestarlos con el ejemplo, para que de ellos aprendan a dar gracias a Dios, que de entre ellos los sacó por su sola misericordia, estando juntos en la misma masa.» Y más abajo¹¹²: «Hizo también patentes las riquezas de su bondad en los vasos de misericordia, porque así, justificado gratis aprende lo que se le da, pues no por sus méritos, sino por gloria de la abundantísima misericordia de Dios, es separado de los condenados, junto a los cuales con la misma justicia había de ser él también castigado. Y quiso que nacieran tantos, que supo de antemano no habían de pertenecer a su gracia, de suerte que en muchedumbre incomparable sean más que los hijos de promisión que se ha dignado predestinar para la gloria de su reino, a fin de que con la misma muchedumbre de los desechados se demostrase, cuán de poco momento es ante Dios justo, el número, por grande que sea, de los que son justísimamente condenados; y para que de aquí también entendiesen los que son redimidos de la misma condenación, que ella era debida a toda la masa, pues ven que en tan gran número se cumple.» Hasta aquí San Agustín; donde toca, según lo que dan a entender las Sagradas Letras, las razones de que tan innumerable muchedumbre de hombres y naciones sean abandonados a su suerte y se les deje perecer.

Más por qué: haya llamado antes a este o aquel pueblo, y al otro y otro haya dejado tanto tiempo en su ceguedad, ¿quién se atreverá a investigarlo, cuando leemos que estando los apóstoles preparando su ida al Asia, para predicar el evangelio, fueron impedidos por el Espíritu Santo, y otra vez navegando a Bitinia, no se lo permitió el espíritu de Jesús?¹¹³ Así, pues, el que a nadie debe la gracia es el que dispone con eterna sabiduría a quién ha de llamar y en qué tiempo y por quiénes.

Y aunque lodo esto que, conforme a la doctrina de Agustín y aun del mismo Pablo se ha declarado, es verdad; mas, sin embargo, se debe entender que ningún linaje de hombres ha sido desamparado de Dios de tal manera, que no tuviese a su

modo testimonio de Dios y auxilio suficiente; de suerte que son inexcusables, como corruptores de la ley divina escrita en sus corazones, ingratos a los beneficios celestiales y despreciadores de la paciencia y bondad tan grande de Dios¹¹⁴. Pues, como Pablo y Bernabé predicaron en Listras, aunque Dios dejase en las pasadas generaciones que todas las gentes fuesen por sus caminos¹¹⁵, lo cual vemos que aun hasta ahora sucede en no pocas partes de la tierra; sin embargo no dejó de dar testimonio de sí mismo, haciendo bien desde el cielo, dando las lluvias y temporales; aptos para los frutos, llenando de comida y alegría los corazones de los hombres, para que, amonestados por las mismas obras de la naturaleza, de los bienes que perecen, pudiesen llegar al conocimiento del que es en sí, y conocieran quién es el artífice, porque el autor de la hermosura puso en su ser todas las cosas, y de la grandeza de las criaturas puede ser alcanzado con el conocimiento el creador de todas¹¹⁶. Y siguiendo la doctrina del Sabio, dice Ambrosio: «A todos los hombres se ha proporcionado siempre una medida de doctrina celeste que, aunque procede de una gracia más moderada y oculta, es, sin embargo, bastante, conforme al juicio de Dios, para remedio de unos y testimonio de todos»¹¹⁷. No que admita el santo que pueda venir alguno a la salud sin la fe en Cristo, lo cual es imposible, sino, que la gracia resplandece en la doctrina natural, y al que la sigue lo conduce al espíritu de fe y caridad. Pero dirá. alguno en este punto: ¿Cómo creerán, si no oyen, y cómo podrán oír, sin quien predique?¹¹⁸. A lo cual respondo que no faltará un Felipe que sea enviado a predicar al eunuco¹¹⁹, o un Pedro al Centurión¹²⁰, con tal que ellos hagan lo que está de su parte.

No faltará por la gracia el que invita por la naturaleza, si no se opone y resiste el libre albedrío. «Y si por ventura, continúa el mismo autor, en alguna extrema región del mundo hay algunas naciones a quienes todavía no ha brillado la luz del evangelio, no dudamos que también para ellas está preparada por oculta providencia de Dios la sazón y tiempo de su vocación, a fin de que también ellas oigan el evangelio. A las cuales no se niega la medida general de la gracia que a todos los hombres se da siempre, sino que tiene la humana naturaleza una herida tan profunda, que nunca puede la contemplación espontánea conducir al pleno conocimiento de Dios, si la luz de la verdad no aclara las sombras que hay en el corazón»¹²¹. Con las cuales palabras nadie dudará cuán ilustre defensa ha hecho Ambrosio de la causa de los indios. Y mientras tanto, todos los crímenes y maldades de éstos, aunque no merezcan ni obtengan perdón, sin embargo son castigados con más lenidad; porque de ellos se ha escrito: «Mas juzgándolos por grados, dabas lugar a la penitencia, porque no ignorabas que es malvada la casta de ellos»; y más abajo: «Les dabas perdón de sus pecados, porque tu poder es el principio de la justicia, y por lo mismo que eres el señor de todas las cosas, te haces clemente con todos»¹²². Finalmente, de la manera que los que pecaron sin la ley serán juzgados sin la ley¹²³, los que pecaron sin el evangelio serán, también, juzgados sin el evangelio. Estas cosas se han traído aquí para reprimir la queja de muchos contra Dios, y para que asentemos firmemente en nuestro pensamiento que, todos los juicios en la perdición de tantos y tan grandes pueblos, están en sí justificados.

Capítulo VI

Que dios llama ya a los indios al Evangelio

Viniendo ya a nuestro asunto, aunque hay, como llevamos dicho, hombres, pueblos y naciones que ha sido dejados largo tiempo en su infidelidad, sin embargo no hay linaje de gente tan incapaz y duro y tan bestial, que no sea idóneo para recibir la doctrina del evangelio. Porque es precepto del Señor que se predique su doctrina a todas las criaturas que hay debajo del cielo¹²⁴, y en la descendencia de Abraham todas las gentes han de ser bendecidas¹²⁵ y todas las familias de la tierra han de venir a adorar al Señor¹²⁶. No podemos negar que, como hay terrenos más fértiles que otros, así también hay naciones más prontas y acomodadas al evangelio, que otras; pero el que las llama a todas demuestra que de ninguna se ha de tener hastío. Son rudos, son inconstantes; pues bien, que lo sean. Se les ha dado menos, menos se les exigirá. No entierre el siervo perezoso su único talento; con él puede negociar. Había en el arca de Noé¹²⁷ bodegas o cubiertas ínfimas, medias y superiores, y de todas las especies de animales manda Dios que metan en ellas, para que se conserven al parecer los demás. No excluye el cuervo por el águila, o al conejillo por el león. Pedro también es obligado a matar y comer osadamente de todos los animales, no sólo aves, sino reptiles, y no tener por inmundo y extraño lo que Dios ha santificado¹²⁸. Tiene la celestial ciudad muchas mansiones¹²⁹, no menos maravillosas por su calidad que por su número. Y en el tabernáculo se admiten no solamente el oro y las piedras preciosas, sino también los pelos de cabras¹³⁰. Finalmente, los que creen ineptos para el evangelio a estos pobres y miserables, los que los excluyen del beneficio de la patria celeste, los que los menosprecian y los dejan perecer, oigan al Señor suyo y de ellos que les amonesta severamente: «Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles siempre ven en el cielo la cara de mi padre»¹³¹. Quien es digno del servicio de los ángeles, bien merece la protección y el patrocinio de los hombres. Y los ángeles todos son espíritus servidores en favor de los que han de ser herederos de la salud¹³².

No hay género de hombres, por abyecto y animal que sea, ajeno a la salud del evangelio, pues a nadie llama Dios que no le dé el entendimiento y la gracia necesaria para obtener aquello a que lo llama. Y aunque es cierto que son muchos los llamados y pocos los escogidos, sin embargo ninguno es llamado y rechazado, sino el que tuvo en poco oír al que le llamaba. Conocida es a Dios desde todos los siglos la obra de sus manos¹³³; a nosotros nos toca, puesto que se nos manda ir a todos, no pasar por alto a nadie, llamarlos a todos, atraerlos a todos, acudir a todos.

Cuáles hay que elegir entre todos lo sabe aquél que de todos igualmente tiene cuidado¹³⁴, y, sin embargo, no a todos los predestinó para la vida. Pero que toma de todo linaje y toda nación lo tenemos ya declarado, y lo confirma el testimonio de Isaías: «Pondré, dice, una señal en ellos, y de los que fueren salvados yo enviaré a las gentes, al mar, al África, y a los de Libia, tiradores de flechas, a Italia y a Grecia, a las islas de lejos, a aquellas que no oyeron de mí y no vieron mi gloria. Y anunciarán mi nombre a las gentes; y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como un presente al Señor, en caballos, en carrozas, en literas, en mulos y en carretas, a mi santo monte de Jerusalén, dice el Señor, como si los hijos de Israel llevasen ofrenda en un vaso puro a la casa del Señor, y tomare de entre ellos para sacerdotes y levitas, dice el Señor»¹³⁵. Con todo este rodeo de palabras muestra bien el Espíritu Santo cuán firme consejo es de Dios que no haya ningún género de hombres tan apartado al que no alcance la gracia del evangelio, y del cual no lleve Dios para sí preciosos dones. Porque pone el signo saludable de la cruz en la frente de los suyos, el cual había visto Ezequiel baja la figura de tau¹³⁶, y armados con ella, los envía hacia la mar, a los gentiles, ya sea, como leen los setenta y el hebreo, a Tarsis, en cuyo nombre significa la Escritura los lugares remotísimos de la India, según San Jerónimo¹³⁷ y Teodoro¹³⁸, o al mar inmenso, como otros entienden, es, a saber, al océano. Porque después que recorriesen Asia, África y Europa, y se alargasen hasta las últimas islas, sin que fuese el habla y lenguaje de las gentes tan bárbaro que no fuesen oídos, y llenasen el aire con sus palabras, traerían a Dios un don insigne¹³⁹, es a saber, a sus hermanos, conduciendo un grande y glorioso trofeo de victoria en caballos, carros, cuadrigas, mulos y carrozas; lo cual, ¿qué otra cosa significa sino que, conforme a la variedad de los que vienen a la fe, están preparados diversos vehículos? Unos pueden venir veloces a caballo, como dotados de ingenio ágil y pronto, otros gloriosos en cuadrigas, o prepotentes en carros; pero los más tardos y de condición ruin tendrán también quien los traiga. Si no les cae bien el caballo podrán venir en mulos; si no hay cuadrigas, no faltarán carretas donde subir, a fin de que no solamente los griegos sabios, sino también los bárbaros ignorantes, se congreguen en la casa del Señor de Jerusalén, es a saber, en la Iglesia de Cristo; y para que todos entiendan que también en ellos se complace Dios, se elegirá para sí de entre ellos sacerdotes y levitas. Repartirá su espíritu y sus carismas no solamente a los apóstoles y a Israel, sino también a los gentiles, de suerte que Pedro, portero del cielo, al ver el don de Dios repartido igualmente entre ellos no les impida recibir el agua, entrada de la Iglesia¹⁴⁰, y los hermanos, aunque engreídos, discutan, mas enseñados con el ejemplo y testimonio divino, enmudezcan¹⁴¹. Porque nada hay que confirme tanto a los predicadores fieles de Cristo como el testimonio que da el Espíritu Santo con sus dones y gracias, repartiéndolos como quiere.

Sería largo enumerar los dones del espíritu, los prodigios y milagros que acompañaron la predicación de la fe, tanto en la India oriental como en estas nuestras de Occidente, aun en estos tiempos en que tanto se ha resfriado la caridad. Los sucesos del Japón son ya conocidos. A la China por mucho tiempo se ha intentado entrar, y ya se ha abierto la puerta por la doble navegación de portugueses

y de castellanos partiendo de Nueva España. De los mejicanos se refieren muchas cosas. De los de las islas yo mismo he visto con mis ojos algunas. Las historias del Nuevo Mundo refieren muchos sucesos maravillosos y verdaderos, de los que aún hoy quedan testigos dignos de fe. Dos solamente referiré aquí como muestra. Una mujer obstinada en su infidelidad, y apegada a sus hechicerías y supersticiones, habiéndose bautizado todos en su familia, ella sola había resistido; mas hallándose enferma y a punto de muerte, envió a llamar al sacerdote, mandándole decir que se diese prisa, porque hasta que recibiese el agua del bautismo no podía morir. Llamado una y otra vez, por fin vino, y encontró a la anciana ya en las últimas y pidiendo con grande afecto el bautismo. Le preguntó que por qué lo había diferido tanto. Ella respondió que nunca en sus días había pensado hacerse cristiana, porque odiaba hasta el nombre de Cristo, pero que al acercarse la hora de la muerte se le había aparecido un joven vestido de blanco que le reprendió duramente su vida pasada y la exhortaba a recibir cuanto antes la religión cristiana, y, por el contrario, había visto también un negro etíope de otra parte, que lo inculcaba permaneciese en su superstición; y habiendo ella estado dudosa mucho tiempo, al fin había vencido el joven cristiano, y al punto lo había entrado un deseo tan encendido de recibir el bautismo, que lo único que ya le daba pena era no haber sido cristiana desde la primera edad. Interrogada entonces de la fe, según costumbre, y manifestando gran dolor de su vida pasada, fué bautizada, y al punto exhaló el alma, llenando de admiración al sacerdote y los demás que estaban presentes. Me refirió el hecho el mismo sacerdote, el cual cuidó de remitirlo, a su obispo, comprobado con legítimo testimonio.

Hubo también entre nosotros un hombre, que aún es vivo, casado en el valle de Humay, tiempo había bautizado y estimado de todos por su simplicidad y sobriedad. Habiendo enfermado gravemente y creyéndole muerto su mujer, que sola velaba el cadáver cubierto, esperando que alguien le ayudase a darle sepultura, porque vivían solos en un lugar remoto, al cabo de tres días que estuvo al parecer muerto, cubierto con el paño, de repente comenzó a moverse, y estando su esposa admirada y despavorida, la llamó y dijo que eran verdad las cosas que decían los padres de la vida futura, porque él, llevado por un guía, había visto muchas y estupendas cosas. Habiendo llegado el suceso a noticia del sacerdote, que conocía bien la rudeza del indio, y por eso se admiraba de oírle decir maravillas acerca de cosas espirituales y ocultas, después de convalecido de su enfermedad lo llevó al arzobispo para que fuese examinado, por cuyo mandato, habiéndole interrogado algunos de la Compañía y otros, dió bien a entender por la claridad y orden de las respuestas, y por la firmeza del rostro y las lágrimas y profundo afecto, que todas aquellas cosas no las había podido él conocer, sino por revelación divina. Lo cual confirmó después la inocencia de su vida, y hoy día Domingo, que así se llama, cuentan que refiere muchas cosas acerca de la vida futura a los que cree que sacarán provecho de oírle.

Un ejemplo semejante refiere San Agustín de un curial llamado Curma¹⁴², y otro el venerable Veda de uno llamado Steelrio¹⁴³. No hay duda que Dios mira con predilección a los indios, y que de entre estos numerosísimos pueblos ha adoptado

muchos para el reino de Cristo, que habrán de ser llevados a la patria celestial con el orden, y en el modo y tiempo que El tiene determinado. «Porque el fundamento que Dios tiene puesto, dice el apóstol¹⁴⁴, se mantiene firme, el cual está marcado con el sello de estas palabras: El Señor conoce a los suyos, y no se perderá ninguno de ellos.»



Capítulo VII

Cómo hay que tratar a los indios, a fin de ganarlos para Cristo

La segunda dificultad que propusimos es la condición de los indios y sus costumbres bestiales, que ponen a prueba la paciencia de los ministros del evangelio. Acerca de lo cual deben éstos pensar que no han de presumir de sí mismos cosas altas, sino bajarse a las más humildes, como avisa el apóstol¹⁴⁵; y parar mientes en que Cristo murió por todos, a fin de que los que viven no vivan para sí, sino para Cristo, que murió por ellos¹⁴⁶; porque si no aciertan a tener esto presente, luego mostrarán por la obra que no les urge la caridad de Cristo. Pues si Cristo murió por el bárbaro y el escita¹⁴⁷, no pueden ser tenidos por extraños a la salvación los que en realidad son hombres, aunque parezcan irracionales. Lo cual se ha de advertir mucho y grabarlo profundamente en el corazón; porque a nadie exige Dios más de lo, que su naturaleza fortalecida con el auxilio de la gracia puede alcanzar.

Despreciar a los bárbaros por los griegos, o a los indios por los de nuestra nación, es ciertamente como tener en menos a los jumentos que a los hombres. Pero a ambos prepara lugar la bondad de Dios, a ambos congrega en su casa. «Sembraré, dice por Jeremías, la casa de Judá y la casa de Israel con simiente de hombres y simiente de jumentos»¹⁴⁸. Una es la Iglesia de Dios, que se propaga no solamente con germen de hombres, sino, también de animales. Por lo que, admirando el profeta esta magnificencia, exclama: «Según has multiplicado tu misericordia, oh Dios.» Y ¿cómo? Porque había dicho «Salvarás, Señor, a los hombres y a los jumentos»¹⁴⁹. Declarando estas palabras, Ambrosio dice: «¿Quiénes son los hombres y los jumentos?» Son los racionales y los irracionales. A los racionales los salva su justicia, a los irracionales su misericordia; los unos son regidos, los otros son alimentados¹⁵⁰. La misma interpretación siguen otros Padres, como Jerónimo¹⁵¹ y Gregorio¹⁵², el cual sobre aquellas palabras: «Tus animales habitarán en ella»¹⁵³, dice: «Verdaderamente en la Iglesia de Cristo hasta los jumentos se salvan, porque la misericordia de Dios se ha multiplicado.» Ves un hombre de corto entendimiento, tardo de ingenio, pobre de juicio; no lo menosprecies, no lo tengas por inepto para el reino, de los cielos. Pero es que no comprende las cosas de Dios¹⁵⁴, y cualquier

punto espiritual que se le toca le sabe a necedad y no es capaz de entenderlo; sin embargo, no lo rechaces, también a éste quiere y puede salvar el que no quiere que perezca nadie¹⁵⁵; mas pronuncia con los labios los misterios de, la fe, y no los comprende, y aun apenas los sabe pronunciar; diciéndoselo muchas veces e inculcándose mucho, apenas aprende nada, siempre mudo, siempre estúpido, como si enseñases a hablar a un jumento. De nuevo te digo no te desanimes; es un irracional, un jumento el indio o el negro. Escucha a Ambrosio, que dice hay que traer a éstos a la fe con el cabestro de la palabra. Pues aunque no comprendan bien lo que oyen, no por eso dejan de aprender con la fe, lo que les basta para salvarse; porque de otra manera, si no pueden creer lo que es necesario, ¿como será verdad que el que no creyere se condenará?¹⁵⁶. A no ser que imagines que con la predicación del evangelio se pueden condenar, y no se pueden salvar, lo cual es impiedad que suena a blasfemia en boca de un cristiano. Es, pues, necesario sostener certísimamente que no hay bárbaros sin sentido suficiente para la fe. Y tanto más que los indios, como saben los que los tratan, no son tan cortos de ingenio que, si se quieren aplicar, no den muestras de bastante capacidad y entendimiento.

Mas se dirá que son viciosísimos y de perdidas costumbres, que no obedecen más que al apetito de su vientre o su lujuria, y son grandes observadores de sus hechicerías y superstición. Pues, aun así, hay para ellos salvación, con tal que sean convenientemente guiados. Aprieta al jumento las quijadas con el cabestro y el freno¹⁵⁷, imponle cargas convenientes, echa mano si es preciso del látigo, y, si da coces, no por eso te enfurezcas ni lo abandones. Hiérole con moderación, enfrénale poco a poco, hasta que se acostumbre a la obediencia. Si tu caballo recalcitra o arroja al jinete o saca el freno de la boca, no por eso le das muerte, o lo echas de tu casa, porque es, tuyo, comprado con tu dinero, Y no quieres perderlo. Y porque un hombre no tome luego la doctrina del cielo, o no se acomode al gusto del maestro, ¿habrás de aborrecerle al punto y desecharlo? ¿No vale nada el precio que Cristo pagó por él y la sangre que derramó?

Es indudable, y lo confirma la experiencia, que la índole de los bárbaros es servil, y si no se hace uso del miedo y se les obliga con fuerza como a niños, rehusan obedecer. ¿Qué hacer, pues? ¿Solamente los varones de noble ingenio han de tener esperanza de salvación? No habrá que poner a los niños un ayo en Jesucristo? Cierto, hay que hacerlo; hay que procurar para ellos un trato más cauto y vigilante, hay que usar del azote, solamente en Cristo; hay que hacerles fuerza en el Señor para que entren al banquete¹⁵⁸. Porque no se han de buscar sus cosas, sino a ellos. Dice el sabio: «La vara y la corrección dan la sabiduría, y el niño que es dejado a su capricho avergüenza a su madre»¹⁵⁹. Y más abajo: «Al esclavo no lo puedes instruir con palabras, porque entiende lo que les dices, pero tiene a menos responder»¹⁶⁰. Y en otro lugar: «Al asno la cebada, la vara y la carga; el pan, la disciplina y el trabajo, al esclavo; con la disciplina trabaja y está buscando el descanso; levanta la mano de encima de él y buscará la libertad»¹⁶¹. Es a saber: cuando le oprime el trabajo, piensa en la ociosidad. ¿Qué hará si se ve suelto y descansado? Pensará en huirse; y por eso añade: «El yugo y la correa doblan la cerviz dura. y al esclavo lo doma el trabajo

constante»¹⁶². Y poco después: «Mándalo a trabajar, que no esté ocioso, porque el ocio enseña muchas malicias»¹⁶³. Y aunque estos preceptos se refieren al gobierno de los esclavos, y cuán llenos están de sabiduría, lo vemos por experiencia en estas regiones, llenas de esclavos negros, ocupados en los servicios domésticos y en las demás obras y trabajos; sin embargo, no menos conviene a los indios, que aunque por su condición son libres, pero en sus costumbres y naturaleza son como siervos.

Doctrina es de San Agustín¹⁶⁴ ser necesaria la severidad con los contumaces, y la sostiene, a pesar de que primero había tenido a contraria, movido por la experiencia de los donatistas y circumceliones, un género de hombres facinerosos. Dice así: «Como. en el antiguo testamento hubo muchos que pertenecieron a la gracia del nuevo, porque no se guiaban por espíritu servil de temor, sino por espíritu de amor, como hijos de Dios, así también ahora en el evangelio hay muchos dentro de la Iglesia a quienes más conviene el estado y condición de la vieja ley, porque son hombres en parte animales y casi sin espíritu. Los cuales, sin embargo, no hay que excluirlos luego de la salvación, sino instruirlos a su manera convenientemente. Pues nos enseñó la celestial sabiduría que aquel antiguo pueblo duro de cerviz se dobló sobre todo con dos cosas: el trabajo y el miedo, cosas ambas que son propias de esclavos. El trabajo y la ocupación continua se puede ver en la muchedumbre de sacrificios, lavatorios, unciones, ritos, observancias y ceremonias, de suerte que en estas cosas estuviesen siempre ocupados y no les quedase tiempo de pensar en idolatrías. Y el miedo, ¿qué página hay de la ley que no lo infunda?; a fin de que con el temor de castigos ya otras veces experimentados aplicarán el corazón a los preceptos saludables, y deponiendo la resistencia, aprendiesen a obedecer a sus guías. Tal era su condición, que no eran capaces de entender cosas mejores y más altas. Por lo cual el mismo Señor dice por Ezequiel: «Porque no observaron mis juicios y desecharon mis mandamientos, y profanaron mis sábados, y se fueron en pos de los ídolos de sus padres; por esto, pues, les di yo preceptos no buenos, y juicios en que no vivirán»¹⁶⁵.

Quede, pues, por conclusión que, de la manera que al pueblo carnal de los hebreos, es necesario regir a estas naciones bárbaras, principalmente a los negros y a los indios de este Nuevo Mundo, de suerte que con la carga saludable de un trabajo asiduo estén apartados del ocio y de la licencia de costumbres, y con el freno del temor se mantengan dentro de su deber. Así lo declaran los ejemplos de la antigüedad y, sobre todo, la experiencia cotidiana de los más experimentados de nuestra edad lo enseña abundantísimamente. Esta es la correa y el yugo que recomienda el Sabio¹⁶⁶; éste el látigo y la carga. De esta manera se les fuerza a entrar a la salvación aun contra su voluntad. Y sea dicho esto, no para aprobar toda suerte de fuerza y de dureza contra los indios, que es ajena de las entrañas de Cristo, sino para mostrar que, a pesar de su baja y difícil condición, no se ha de desesperar de su salvación si se saben sobrellevar pacientemente y regir con sabiduría. La caridad todo lo sufre, todo lo resiste, todo lo espera; es paciente, es benigna¹⁶⁷. Así, pues, la severidad, cualquiera que sea preciso usar, no debe ser ajena de la caridad. Y nada hay tan propio de la caridad como no buscar el propio interés. Quien la guarde en lo

más íntimo de su corazón y la manifieste con las obras, aunque se muestre a veces médico severo en curar a los enfermos y furiosos, no tema ofenderlos de tal manera que los aleje de sí o los retraiga de la sencillez del evangelio. Pronto gana la caridad a los que apartó la disciplina; tanto más que por la fuerza del temor saludable son llevados poco a poco los hombres por Dios a la libertad de los hijos.



Capítulo VIII

Que la dificultad de los bárbaros para el evangelio nace no tanto de la naturaleza cuanto de la educación y la costumbre

A lo dicho hay que añadir una cosa muy importante, y es que la incapacidad de ingenio y fiereza de costumbres de los indios no proviene tanto del inflojo del nacimiento o la estirpe, o del aire nativo, cuanto de la prolongada educación y del género de vida no muy desemejante al de las bestias. Ya de antiguo estaba yo persuadido de esta opinión y, asegurado ahora con la experiencia, me he confirmado más en ella. Es cosa averiguada que más influye en la índole de los hombres la educación que el nacimiento. Porque es cierto que hace no poco el linaje y la patria, como ya el apóstol dice de los de Creta, refiriendo las palabras del poeta Epiménides: «Los cretenses siempre son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos»¹⁶⁸, atribuyendo influjo a la patria en la perversidad de las costumbres; y conocido es también el dicho de otro poeta: «Podrías jurar que Beoto había nacido con aire denso»¹⁶⁹; sin embargo, mucha más fuerza tiene la educación y el buen ejemplo, que entrando desde la misma infancia por los sentidos, modela el alma aún tierna y sin pulimento; porque le infunde

formas vivas en las que, imbuída la mente, es llevada como por natural inclinación a apetecer, obrar y rehuir, del modo que cualquier naturaleza obra según las formas que tiene en sí. Por lo cual es dicho aprobado de todos los filósofos que no da dolor lo acostumbrado, sino placer, y que la fuerza de la costumbre hace una segunda naturaleza¹⁷⁰; y ya dijo el Sabio: «El adolescente no se apartará en su vejez del camino de su juventud»¹⁷¹ Y en verdad no hay nación, por bárbara y estúpida que sea, que si fuese educada desde la niñez con arte y sentimientos generosos, no depusiese su barbarie y tomase costumbres humanas y nobles. En nuestra misma España vemos que hombres nacidos en aldeas, si permanecen entre los suyos, quedan plebeyos e incultos; pero si son llevados a las escuelas, o a la corte o grandes ciudades, se distinguen por su ingenio y habilidad, y a nadie van en zaga. Más aún: los hijos de los negros etíopes, educados, ¡oh, caso extraño!, en palacio, salen de

ingenio tan pronto y tan dispuestos para todo que, quitado aparte el color, se les tomaría por uno de los nuestros.

Mucho vale la costumbre para todo, para el bien y para el mal. Por lo cual el Crisóstomo, al narrar las costumbres perdidas de los esclavos y decir que son poco idóneos, para recibir la doctrina de la virtud, añade: «No es de ello causa la naturaleza, sino el descuido de la conversación y la vida en que los dejan sus amos, en lo tocante a las costumbres; porque de nada más cuidan que de recibir sus servicios; y si alguna vez se preocupan de sus costumbres, más lo hacen por sí mismos, por librarse del cuidado y molestia que les pueden dar»¹⁷². Parece profecía que hace este, Santo de nuestros hombres de ahora. Los cuales reprenden la condición y costumbres de los bárbaros, y ellos de nada se cuidan, sino de servirse de ellos para su utilidad. Por qué alegráis que esos hombres criados como, bestias no son idóneos para recibir la doctrina de la fe? Si vosotros os hubierais criado como ellos, ¿en qué os diferenciaríais? Oigamos otra vez al mismo Santo acerca de los esclavos: «Estando, dice, tan abandonados que no tienen quien se cuide de instruirlos y formarlos, con razón caen y se despeñan en los precipios de la maldad. Porque si cuando apremian el padre, la madre, el pedagogo, el ayo, el maestro, los compañeros, la buena opinión de noble y otras muchas cosas, todavía es tan difícil evitar el trato y contaminación de, los malos, ¿qué sucederá a quien todo esto falta, y cada día está mezclado con viciosos, y se junta libremente con quien quiere, y no tiene a nadie que examine y vigile su trato y amistades? ¿Por ventura dejará de caer en los más profundos abismos de maldad? De todo lo cual se sigue lo difícil, que es que un esclavo salga bueno»¹⁷³. Hasta aquí el Santo. No reprendemos, pues, la naturaleza de los bárbaros, sino acusamos más bien nuestra pereza y negligencia.

Muy difícil es dejar la naturaleza y las costumbres inveteradas, y transformarse adquiriendo hábitos nuevos y no agradables al gusto y al sentido¹⁷⁴. Toda la antigüedad. enseña que fué no pequeño trabajo de, los maestros del evangelio acomodar a las reglas de la fe las costumbres viejas de los hombres. En muchas cosas hubo de condescender la Iglesia católica con los judíos convertidos hasta que se desnudasen de Moisés y se vistiesen de Cristo. Y de la gentilidad hubo también de tolerar mucho en los primeros cristiano, que, aunque llegaban a hacer milagros, no podían dejar el vicio de participar en las víctimas inmoladas, por lo que instó varias veces el apóstol a los corintios con sus avisos y amonestaciones. Escribe Gregorio Papa a Agustín, primer obispo de los ingleses, que los usos patrios gentílicos poco a poco debía enmendarlos, y tolerarlos entre tanto con paciencia, porque no se pueden extirpar fácilmente¹⁷⁵.

La lectura de casi todos los concilios nacionales nos enseña la particular diligencia que ponían los santos padres en ir lentamente desarraigando los ritos de los antepasados. Muchos de ellos atestiguan Agustín que duraban aún en África en su tiempo¹⁷⁶. No hay, pues, que desanimarse ni levantar el grito al cielo, porque todavía los indios bautizados conservan muchos resabios de su antigua fiereza y superstición y vida bestial, sobre todo siendo sus ingenios rudos y no siendo nuestra diligencia comparable con el trabajo de los antiguos. Las costumbres poco a poco se van

cambiando en mejores. La fe cristiana lleva consigo una gran abnegación de todo humano afecto y sentido. No hay que tener por pequeña ganancia lo que se haya podido sacar de humanidad y cristianismo de tan hórrida e inculta barbarie. Sírvanos de ejemplo y consuelo el Señor de todos, que aguantó por cuarenta años y aun por mas de cuatrocientos a aquel pueblo ingrato de durísima cerviz y de costumbres tan rebeldes al cual, sin embargo, podía fácilmente borrar de la faz de la tierra; mas quiso atraerlo con grandes beneficios para que la paciencia y misericordia de Dios fuese más grande que la malicia de los hombres.



Capítulo IX

El temor de la dificultad de la lengua no debe retraer de la propagación del Evangelio

La dificultad del lenguaje y de la habitación de los indios no es ciertamente pequeña, pero debe ejercitar la caridad del varón de Dios, no extinguirla. A los apóstoles sabemos les fué dado el don de lenguas, porque siendo muy pocos los predicadores de Cristo habían de llevar en breve tiempo la nueva de la salvación a todo el mundo. Por lo cual San Pablo da gracias a Dios de que hablaba las lenguas de todos¹⁷⁷. Cuánto tiempo duró en la Iglesia este don del espíritu, ni lo hallo determinado en los antiguos ni lo sabría decir fácilmente. Mas la predicación del evangelio siguió adelante en los siglos posteriores, cuando cesó el don de lenguas, y la caridad, que es el mayor de los dones, obraba con eficacia para que lo que faltaba del don se aumentase en el mérito. Y a la verdad, los posteriores no fueron, aunque tal vez a otros parezca otra cosa, más desafortunados que los primeros. Porque, como dijo Cristo a Tomás, que quiso sacar la fe del tacto y de los ojos: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron»¹⁷⁸; así también podemos decir: bienaventurados los que no recibieron el don de la palabra y, sin embargo, predicaron. Ambas cosas son aquí causa de galardón, pelear y preparar las armas a su costa; predicar y aprender la lengua necesaria para la predicación. Así, pues, como en la primera creación dispuso el Sumo Hacedor las cosas de manera que cada criatura saliese perfecta según su especie, sin ningún trabajo de la tierra y sin ninguna vuelta de los cielos; mas después ordenó que produjesen semillas con las que la tierra, mediante el trabajo, volviese a producirlas; de la misma manera convino que en la regeneración del mundo, a la misma palabra omnipotente, surgiesen las primeras estirpes divinamente perfectas, y después con la semilla de ellas, juntándose el trabajo del humano estudio, se propagase el linaje del evangelio, cuando ya fuesen muchos en número y no urgiese la premura del tiempo.

Bienaventurados, sí, los ojos que vieron al Señor¹⁷⁹; mas bienaventurados también los que no vieron y creyeron¹⁸⁰. Dichosos los que recibieron del Espíritu Santo el don de lenguas y de interpretación de palabras; pero no menos dichosos los que por caridad ponen de su cosecha en la obra del Señor lo que no recibieron, aunque el mismo poner es aquí recibir.

Un argumento debe mover nuestro celo, y es ver que los hombres de este siglo penetran a las gentes de habla recóndita y lengua desconocida por la esperanza del lucro, y no les atemoriza la barbarie más agreste, sino que todo lo recorren por llevar sus tratos y mercancías. No les amedrentan las lenguas innumerables de los negros etíopes, ni dejan de navegar a las playas de la China, ni a Tartaria, ni al Brasil, ni a las playas más escondidas del océano, y recorren con gran diligencia cuanto se extiende entre el cabo Mendocino y el estrecho de Magallanes, por ambos lados de la mar del Norte y la mar del Sur, en infinita extensión de tierras y de mares; finalmente si, como dice el poeta, oculta la tierra en su extremo alguna gente, echando por medio el océano, o si alguna otra la consume la llama del sol ardiente, en medio de los cuatro climas¹⁸¹, a esa buscan y se acomodan balbuciendo, su lenguaje para sacarles el oro, la plata, las maderas preciosas y otras mercancías de valor, y llevarlas consigo y aumentar la ganancia; y emprenden tan largos y peligrosos caminos con gran avidéz, de suerte que es maravilloso que todos o la mayor parte de los puertos de ambos océanos, y todos los golfos y ensenadas del orbe de la tierra, están ocupados por naves españolas, y todos, los reyes y señores de la Indias tienen comercio con nuestros mercaderes y nuestros navegantes. No es razón, pues, que los que buscamos mercancías mucho más preciosas, es, a saber, las almas que llevan la imagen de Dios, y esperamos ganancia no incierta o corta, sino la eterna del cielo, nos amedrentemos por la dificultad de la lengua o los lugares, y aparezca que los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz¹⁸². Por lo que hace a la lengua, la dificultad está en gran parte aligerada en todo este espacioso reino del Perú, por ser la lengua general del Inga, que llaman quichua, de uso universal en todas partes, y no ser ella tan difícil de aprender, principalmente estando ya reducida a arte por diligencia y estudio de un varón a quien debe mucho la nación de los indios. Y aunque en las provincias altas del Perú está en uso otra lengua llamada aymará, tampoco es muy difícil ni difiere mucho de la general del Inga. En Méjico dicen que existe también una lengua, general con que es más fácil la comunicación entre sí de tantos pueblos y naciones. Y si el rey Católico hiciese por Cristo lo que el bárbaro Gauinacapa hizo por su imperio, que todos tuviesen una misma lengua o al menos todos la entendiesen, sin duda haría un gran servicio a la predicación del evangelio. Pero si esto no se puede hacer, no resta sino que un amor ardiente a Cristo supla con industria y trabajo lo que falta a la naturaleza. De lo cual nos dió gran ejemplo el padre Francisco [Javier], porque puso tanto empeño en aprender la lengua malabar y la japonesa y otras muy diferentes entre sí, que no hubiese hecho más en la glorificación del nombre de Cristo en tan gran parte del mundo si hubiese tenido el don de lenguas. Ciertamente la caridad de Cristo lo puede todo¹⁸³, y cuando faltan las lenguas, queda la caridad para todos.

Capítulo X

De la habitación entre los indios

La última dificultad arriba propuesta es de la habitación entre los bárbaros, y de ella vamos ahora a tratar, dejando a un lado la importante cuestión de si conviene establecerse de asiento entre los indios, tomando lo que llaman doctrinas, o si es mejor discurrir entre ellos sembrando la palabra de Dios, al modo de las misiones, porque de este punto trataremos más adelante en su lugar, declarando el pro y el contra, y el modo cómo se puede acudir mejor a las dificultades. Solamente decimos ahora que ni la aspereza de los lugares, ni el impedimento de los caminos, ni la mala habitación de los indios debe retraer al siervo de Jesucristo de su buen propósito. Ciertamente los trabajos y sufrimientos de los que caminan por mar y por tierra son muchos y graves. Mas ¿quién podía prometerse otra cosa, si no está falto de juicio, cuando dejada la patria y los amigos y conocidos, como otro Abraham¹⁸⁴, emprendió esta peregrinación? ¿O es que salió sin saber a dónde iba?¹⁸⁵ «Yo, dice el Señor, seré tu galardón grande sobre manera»¹⁸⁶. Este es el trabajo apostólico, ésta su gloria. Y, sin embargo, el que envió a los suyos sin saco ni alforjas y sin dinero¹⁸⁷, les pregunta si les había faltado algo¹⁸⁸. Nunca da la Divina Providencia prueba más cierta ni dulce de sí que, cuando fiados en ella, nos vamos a vivir en morada incierta y con medios de vida inseguros.

El apóstol San Pablo exclama: «Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo presente»¹⁸⁹; porque dijo el Señor: «No te dejaré ni abandonaré»¹⁹⁰, de suerte que digamos llenos de confianza: «Dios es mi ayuda, no temeré lo que hagan contra mí los hombres»¹⁹¹. Pues lo que muchos objetan de la habitación muy diseminada e incómoda de los bárbaros; primeramente hay provincias bastante habitadas, y pueblos numerosos, donde cómodamente se, puede enseñar la doctrina cristiana. Y lo que tanto se deseaba, y ahora ha sido entablado, de reducir los indios a pueblos para que no vivan esparcidos como fieras, sino reunidos en común, no se puede decir la gran utilidad. que ha de traer para la enseñanza y policía de los bárbaros. Después, como amonestó el Señor a los suyos, «si no os reciben en una ciudad, huíd a otra, en verdad os digo que no terminaréis las ciudades de Israel hasta que venga el reino de Dios»¹⁹²; de la misma manera tengamos por dicho a nosotros, que busquemos a nuestros hermanos dispersos, y si de alguna parte nos arroja la injuria de los lugares, o la dificultad del lenguaje, o la necesidad, vayamos con Dios a otros. Porque no hay que temer que a la palabra de Dios se le oculten los escogidos, o que el obrero de Cristo, si trabaja útilmente no los encuentre. Dará Dios

palabra con gran eficacia a los que evangelizan¹⁹³, puesto que prometió con divina autoridad: «Yo os he puesto para que vayáis y cosechéis mucho fruto»¹⁹⁴.



Capítulo XI

Deben cuidar los ministros de Dios de no poner impedimento al Evangelio

Los que toman el oficio de anunciar el evangelio deben cuidar sobremanera de no serle ellos impedimento. Porque sucede muchas veces que los que más acusan la desidia y la perversidad de los indios, son los que no cumplen bien con su ministerio; y si se examinasen con diligencia y se juzgasen con sinceridad, hallarían que ellos y no los indios son los culpables de que la cristiandad no prospere. «Hay algunos, dice San Pablo, que no predicán a Cristo sinceramente, mas algunos lo anuncian con buena voluntad»¹⁹⁵; y añade: «Todos buscan su interés. no el de Jesucristo».¹⁹⁶ ¿Qué maravilla será que también de nosotros se pueda decir algo semejante? Y ojalá que no nos toque aquella amenaza del Señor: « ¡ Ay de vosotros los que rodeáis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando lo habéis hecho, lo convertís en hijo de condenación, doble más que vosotros!»¹⁹⁷. Lo cual reprende gravemente San Agustín: «No hagamos, dice, cristianos, come, los judíos prosélitos de los cuales dice el Señor: ¡Ay de vosotros!, etc.; porque muchas veces los que habían de ser pastores, por el cuidado de la beneficencia y de la fe, los siente la desgraciada grey hechos lobos crueles»¹⁹⁸. Las divinas Letras nos amenazan: «Los que por fuerza desolláis su piel, quitáis la carne de encima de sus huesos»¹⁹⁹, y otro profeta: «Aborrecieron al que los corregía en la puerta, y abominaron del que hablaba lo justo. Por tanto, porque despojábais al justo, y le quitábais lo más escogido; edificaréis casas de piedras cuadradas, mas no moraréis en ellas, plantaréis hermosas viñas, mas no beberéis su vino»²⁰⁰. El cual vaticinio mucho temo que no lo estén experimentando las riquezas de las Indias, puesto que vemos muchas fortunas que con rapidez de ensueño se hacen y se pierden; y lo que se ha ganado como precio de meretriz se torne, cumpliéndose la amenaza del Señor, en paga de meretrices²⁰¹; porque la riqueza hecha de prisa se menoscabará²⁰², y se disipará como humo²⁰³, y no prosperará la posesión adquirida con crimen²⁰⁴. Teman, pues, los señores temporales de indios, no impidan con la codicia y violencia su salvación.

Y de nosotros, los ministros eclesiásticos, tal vez no es menor la queja, y ojalá que no nos alcance la palabra del profeta: «Sus príncipes en medio de ella como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre, y para destruir las almas, y para seguir sus usuras con avaricia. Y sus profetas los cubrían sin medida, viendo cosas vanas, y adivinándoles mentira. Los pueblos de la tierra inventaban calumnias y

robaban por fuerza; afligían al necesitado y al pobre, y apremiaban al extranjero con calumnias sin justicia»²⁰⁵ ¿Qué es cubrir sin medida sino buscar color y excusa a todo, aunque no haya ninguna razón? Y lo que añade la palabra divina es temeroso y digno de dolor: «Y busqué entre ellos un hombre que se interpusiese como vallado, y se pusiese contra mí a favor de la tierra, para no destruirla, y no le hallé. Y derramé sobre ellos mi indignación, los consumí con el fuego de mi ira; torné su camino sobre la cabeza de ellos, dice el Señor Dios»²⁰⁶. Y no es desemejante Miqueas: «Sus príncipes juzgaban por cohechos, y sus sacerdotes enseñaban por salario, y se apoyaban sobre el Señor, diciendo: pues qué, ¿no está el Señor en medio de nosotros? Por tanto, por culpa vuestra será Sión arada como campo, y será Jerusalén como montón de piedras, y el monte del templo como selva alta»²⁰⁷. Y Sofonías: «Están desoladas sus ciudades, hasta no quedar hombre ni morador ninguno»²⁰⁸

Hemos referido todos estos oráculos proféticos, porque nos parece ver algo semejante en nuestros tiempos. Ciertamente hemos conocido a muchos del orden eclesiástico y seculares, que tratan pía y religiosamente a los indios, y de tal manera llevan cuenta con su propio provecho, que no descuidan la salvación y el bien temporal de los neófitos. Pero hay otros que no proceden así, como lo expresa la palabra de los profetas. Ni debe esto maravillar a nadie, estando tan arraigada en estas tierras la avaricia; cosa natural por haber tanta materia de ella, a saber, tan gran cantidad de oro y plata. Porque ¿cuál es la causa de venir a estas tan apartadas regiones? ¿Por qué se arriesgan los hombres a tan grandes rodeos y trabajos de la mar? Por decirlo en términos suaves, porque juzgan hacer por su fortuna esperanzados de alejar de sí o de los suyos la pobreza con la plata que junten en las Indias. Y no reprendo yo ahora este afán de riqueza, sino que pretendo que no se haga recaer sobre los indios toda la culpa de que no haya, obtenido el evangelio en esta tierra frutos tan alegres y ricos. Los habrá ciertamente cuales los deseamos todos el día que los operarios seamos como los quiere el Señor, que busquemos no nuestras cosas, sino a Jesucristo. Porque ¿qué propagación de la fe o arreglo de las costumbres se puede esperar, si conforme a la palabra del profeta, no solamente enseñamos por el premio, sino que éste principalmente buscamos?²⁰⁹. Verdaderamente es de temor no piensen los bárbaros que el evangelio se vende, y que los sacramentos se venden, y que no nos cuidamos de las almas, sino del dinero.

Mas se dirá que es digno el operario de su recompensa. Lo es, cierto. Pero se ha de comer para evangelizar, no evangelizar para comer. O ¿es que se va a predicar el evangelio para enriquecer, para atesorar, para volver a la patria cargado de riquezas? Pues bien, preguntémonos a nosotros mismos cuán santa, cuán íntegra, cuán inocentemente vivimos los que predicamos la ley de Cristo a los bárbaros. Ciertamente ellos juzgan de la fe por nuestras obras; porque más fácil es creer lo que se ve que lo que se oye contar, y rara vez persuade la palabra que es contraria a las obras. Y tengan muy en cuenta los que están entre nuevos en la fe, no hagan daño con sus pecados a la fama pública de la familia cristiana, y la destruyan, no sea que por lo que ven en unos pocos juzguen en todos. «Porque el vicio, como dice en

causa semejante Gregorio el teólogo, fácilmente inficiona a todos»²¹⁰, y por el pecado de muchos y aun de pocos, es odiada y condenada toda la comunidad. Y lo que peor es, la acusación no para en nosotros, antes pasa adelante y hace odiosos los misterios venerandos de nuestra religión. Esto es de lo que Dios se queja amargamente: «Por culpa de vosotros es blasfemado mi nombre entre las gentes»²¹¹. Dejemos, pues, tanto de acusar la infidelidad de, los bárbaros y su perversidad de costumbres, y reconozcamos alguna vez nuestra negligencia y que no conversamos dignamente en el evangelio, y más nos afanamos en buscar dinero, que en ganar el pueblo de Dios.



Capítulo XII

De la castidad y mortificación necesaria para predicar el Evangelio

Tres cosas hay que estorban sobremanera la predicación y el crecimiento de la fe: la avaricia, la deshonestidad y la violencia; y otras tres promueven grandemente el evangelio: la continencia, la renuncia de todas las cosas y la mansedumbre. Las cuales fueron encomendadas a los apóstoles por el Señor, cuando los preparaba predicar el evangelio, y fueron por ellos diligentemente observadas. Y comenzando por la deshonestidad, es una mancha que sin remedio engendra desprecio al ministro del evangelio, y aun a todo hombre; porque nada hay tan ignominioso al ser racional, como servir a la concupiscencia al modo de los animales. Y por eso en todas las personas públicas y magistrados se exige la honestidad; pero en el varón apostólico que emprende una vida sobrenatural y divina no hay palabras para decir cuánto ofende semejante afrenta, y cuán despreciable y abyecto le hace. Y así vemos que, aunque hay crímenes mayores, sin embargo ninguno fué tan severamente castigado como éste, en los eclesiásticos por los antiguos padres, porque al convencido de un solo pecado de fornicación, mandaron arrojarle irremisiblemente del orden sacerdotal y de todo ministerio de la Iglesia.

Por eso el apóstol San Pablo amonesta tantas veces y con tanto encarecimiento a sus discípulos Timoteo y Tito, y en ellos a todos los maestros de la fe, que observen perfecta castidad. «En toda castidad», dice²¹², y otra vez: «Consérvate casto»²¹³, y en otra ocasión «Muéstrate a ti mismo como ejemplo de buenas obras, en la doctrina, en la integridad, en la gravedad»²¹⁴. Porque, como nada hace tan despreciable al maestro, como esta torpeza e inmundicia, así nada le capta tanto la admiración, como la honestidad perfecta y libre de toda sospecha. «Se admiran, dice San Pedro, de que no concurráis con ellos a los mismos desórdenes de lujuria»²¹⁵. Crean los hombres que esto no puede venir sino de virtud celestial; y nuestros

indios, cuando lo ven, se espantan tanto, que no lo quieren creer. Predicando en cierta ciudad un clérigo en la plaza, le oía, entre otros, un curaca indio, y admirado de la fuerza y fervor de sus palabras, volviéndose a los españoles preguntó qué hombre era aquél y qué género de vida llevaba; y respondiéndole uno que aquél era hombre santo y que sólo buscaba la salvación de ellos, siguió preguntando si estaba entregado a los placeres y a las riquezas, y diciéndole que él no buscaba esas cosas, repuso el bárbaro: «Pues, ¿por qué no usa otro vestido y apariencia que declare su género de vida?» Para que se vea cuán mal reputado estaba ante el indio el orden eclesiástico. Y ojalá que solamente éste lo creyese así.

Como la deshonestidad hace despreciable al ministro del evangelio, así la avaricia le hace odioso. No sé si hay cosa que más aparte y enajene los ánimos de los oyentes de la palabra de Dios, que creer que bajo apariencia de piedad se esconde la sed del lucro²¹⁶, y como está escrito: La manera de vivir está arreglada para ganar»²¹⁷. Es una peste de la profesión evangélica, que Cristo nuestro Señor procuró apartar con gran cuidado de sus discípulos. «No queráis, dice, poseer oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni llevéis alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, porque digno es el operario de su recompensa. Dad gratis lo que gratis habéis recibido»²¹⁸. ¡Cuán expresamente. con qué diligencia, cuán por menudo lo inculca! Solamente la comida permite el Señor tomar, y ésa no como causa, sino como galardón de su trabajo. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»²¹⁹. Más aún, ni la misma comida quiere recibir Pablo, egregio predicador, sino que trabaja con sus manos, para no ser gravoso a nadie²²⁰, y siembra el evangelio sin ganancia²²¹, y tiene a gloria no ocasionar carga a nadie²²², pudiendo hacerlo como apóstol de Jesucristo. Sabía bien, como grande y entendido arquitecto, cuánto impide y retarda la fabrica del evangelio, cualquier especie de provecho, aunque sea justo y necesario, y prefería por eso morir antes que perder la que era su mayor gloria, a saber, la abundancia del fruto evangélico²²³. Y por eso, trabajó más que todos los apóstoles²²⁴, y cosechó más fruto que ellos. Es que engendra esta desnudez evangélica una fuerza admirable de amor en los corazones de los hombres, que cuando ven a uno que, olvidado de sí y de su provecho, se cansa de procurar el de ellos, le aman con todas sus entrañas, porque se persuaden que éste busca de verdad y como verdadero padre su bien. Por eso los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, detestan como mal gravísimo en los ministros de la Iglesia toda codicia y torpe ganancia²²⁵, porque si alguna calamidad hay que llorar en esta materia es la codicia. Y ¿qué males no producirá la sed sagrada del oro?

△▽

Capítulo XIII

Daña mucho a la fe la violencia

Además de los inconvenientes dichos, ha recibido la fe en este reino grave daño, de la mucha licencia de hacer mal que hubo en los principios. Porque, como la planta que de tierna se cría mal y con vicio, no es fácil enderezarla después que ha crecido, sino que se quiebra o hay que dejarla torcida; así también la nación de los indios, habiendo al principio recibido el evangelio más bien por la fuerza de las armas que por la simple predicación, conserva el miedo contraído y la condición servil, aun después que ha sido trasladada por el bautismo a la libertad de los hijos de Dios, y da muestra de ello siempre que puede hacerlo, impunemente. Nada hay que tanto se oponga a la fe como la fuerza y la violencia. Porque no es la fe sino de los que voluntariamente quieren recibirla, de suerte que ha pasado a proverbio el dicho de San Agustín, que todas las cosas puede el hombre hacer contra su voluntad, mas creer no puede sino queriendo. ²²⁶

Por lo cual las divinas Letras recomiendan principalmente la mansedumbre y dulzura a los ministros evangélicos. «Mostrando, dice Pablo, mansedumbre a todos los hombres»²²⁷, y en otra parte: «Corrigiendo con dulzura a los que contradicen la verdad por si quizá Dios les trae a penitencia y vuelven en sí»,²²⁸ y Santiago exhorta a recibir con mansedumbre la palabra que ha sido infundida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas. ²²⁹

Siendo, pues, voluntario y libre a cada uno obedecer al evangelio, y no pudiendo ser violenta la fe en otro que en el diablo, claramente se ve que a los infieles no hay que arrastrarlos por la fuerza, sino conducirlos con dulzura y benevolencia. De aquí que el divino Maestro, al enviar los suyos a predicar el evangelio, les dice: «Mirad que os envíe como ovejas en medio de lobos». ²³⁰

Donde es de considerar la magnificencia del Señor; porque los corderos han vencido a los lobos, y los han metido en el rebaño, despojados de su crueldad. ¿Cuándo se ha visto que la ferocidad de los poderosos ceda a las amenazas, o que el mundo sea dominado por la fuerza? Callando, sufriendo, haciendo bien a los enemigos, vencieron los soldados de Cristo, no hiriendo, atemorizando o amenazando. Pues, oh Señor, y si no reciben el evangelio, ¿qué hemos de hacer? ¿Mandaremos bajar fuego del cielo o arruinar la ciudad? «No sabéis, dice el Señor, de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino para perder a los hombres, sino para salvarlos». ²³¹

Y si no os reciben en una ciudad, huíd a otra. ¡Qué benignidad! ¡Qué dulzura! De suerte que los que espontáneamente se entregan al evangelio son los que de verdad entran en él, los que conciben la fe en el corazón y la confiesan con la boca, y permanecen constantes, y son todo de Dios, sin claudicar sirviendo en parte a Dios y en parte a Baal, cristianos de nombre y apariencia; mas, en realidad, infieles. Porque ésa es la consecuencia de arrancar la fe por la fuerza contra su naturaleza y contra la voluntad de Dios.



Capítulo XIV

Cómo es el cristianismo de los indios

Me parece que procede la fe de los indios de manera semejante a como refiere la Historia santa de los samaritanos²³², los cuales, atemorizados por las incursiones de los leones, pidieron un sacerdote del Señor, que les enseñara la ley divina. «Habiendo, pues, venido, se dice allí, un sacerdote de los que habían sido tomados cautivos en Samaria, se estableció en Betel, y les enseñaba cómo habían de adorar al Señor.» Y después de enumerar sus varias supersticiones, continúa: «Dando culto a Dios, adoraban juntamente a sus dioses, al modo de los gentiles, de entre los que habían sido sacados, y hasta el día presente siguen de la misma manera. No temen al Señor, ni guardan sus ceremonias, ni sus juicios, ni su ley y mandamientos, ni lo demás.» Y concluye: «Fueron, pues, esas gentes temerosas de Dios y juntamente adoradoras de los ídolos; y sus hijos y nietos lo hacen como sus padres hasta el día de hoy.» No se podía describir toda la manera de ser de nuestros indios y su religiosidad, de una manera ni más completa ni más elegante. Adoran a Cristo y dan culto a sus dioses; temen a Dios y no lo temen. Ambas cosas dice la Escritura sagrada. Le temen de palabra, mientras insta el juez o el sacerdote; le temen mostrando una apariencia fingida de cristiandad; pero no le temen en su corazón, no le adoran de verdad, ni creen con su entendimiento como es necesario para la justicia. Y para mayor abandamiento, sus hijos y sus nietos hacen lo que hicieron sus padres hasta el día presente.



Capítulo XV

Que hay grande esperanza de verdadera fe y salvación para los indios, y es contrario al espíritu de Dios sentir lo contrario

He aquí la Samaria de nuestros tiempos; donde Cristo es adorado, al mismo tiempo que Socot Benot babilónico y Nergel Cuteo y Asima y Nebahaz y Tartac y Adramelec y Anamelec, y demás monstruos de dioses²³³; o, por mejor decir, no es adorado, sino injuriado y obligado a pasar la afrenta de ser asociado con los

demonios, y a aumentar con su compañía la honra de ellos. Mas no por eso hay que desesperar luego de nuestros samaritanos y darlos por desahuciados. También de Samaria tendrá misericordia el Señor, y llegará a recibir la palabra de Dios, y, abandonando a Simón mago, escuchará la palabra de Felipe, y merecerá a tales predicadores como Pedro y Juan²³⁴; y también ella exclamará: «Nosotros hemos creído que éste es verdaderamente el Salvador del mundo»²³⁵. También a los samaritanos se da a sí mismo Jesucristo, y muestra a los suyos los campos ya dorados por las espigas²³⁶, y les anuncia éxito feliz en sus trabajos, y les promete fruto copioso de vida eterna. ¿Por qué, pues, perderemos la esperanza? ¿Por qué miraremos a los samaritanos con los prejuicios de los judíos y les haremos alejarse? ¿Por qué no imitemos más bien al Señor y a sus apóstoles y les anunciaremos el evangelio? ¿Por qué no creeremos que habiendo fructificado y crecido en todo el mundo²³⁷, también aquí fructificará, en esta tierra árida e infecunda? Porque la que estaba sedienta se mudará en fuente de aguas, pues fueron abiertas las rocas en el desierto y brotaron fuentes de aguas²³⁸. Llegará, llegará, sin duda, su tiempo a Samaria, y los que primero habían oído que les mandaban: «No vayáis camino de los gentiles, y no entréis en ciudades de samaritanos»²³⁹, oigan después el mandamiento del Señor: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y daréis testimonio de mí, no solamente en Judea, sino también en toda Samaria, y hasta el fin de la tierra»²⁴⁰.

Yo, a la verdad, estoy firmemente convencido, y no me puedo persuadir de otra cosa, de que llegará un tiempo, aunque algo más tarde, y con más trabajo tal vez y escasez a los principios, en que por fin los indios, por la bondad de Dios, se enriquecerán grandemente con las gracias del evangelio, y llevarán delante del Señor de la gloria frutos abundantes. Ni veo yo o temo otras dificultades que la mucha falta de operarios fieles y prudentes en Cristo, y la mucha abundancia de mercenarios, que buscan sus intereses más que los intereses de Dios. Si, pues, el Señor se dignare enviar a su mies obreros incorruptibles, que traten dignamente la palabra de la verdad, que los vean estos infieles buscarlos a ellos, no a sus cosas²⁴¹; que atesoren con amor para sus hijos, y estén siempre prontos para darse a sí mismos por la salvación de sus almas²⁴²; que tengan tanto amor a sus hijos espirituales, que no sólo les den la palabras de Dios, sino sus mismas entrañas²⁴³; que aprobados por Dios hablen de manera que no busquen aplacer a los hombres, sino a Dios, que aprueba los corazones; que sus palabras no tengan especie de adulación, ni den pie a la avaricia; finalmente, que busquen muy de veras la gloria de Dios y no la suya; entonces atarán abundantes gavillas en la era del Señor, entonces se acabará la esterilidad y cosecharán mies abundantísima, y la almacenarán para la vida eterna. Necesaria es, entre tanto, la paciencia, y alzar a Dios nuestra oración para que envíe sus obreros.

Y nadie piense que se ha dicho esto a humo de pajas, porque la experiencia lo confirma abundantemente. Hay, efectivamente, varones de Dios, pocos ciertamente, pero hay algunos, que con su ejemplo han comprobado que la malicia de los indios no proviene de ellos mismos, puesto que, cuando encuentran guías y sacerdotes

fieles, estrenuos y prudentes, perciben bien toda la fuerza de la doctrina, y responden con el arreglo de su vida, poco a poco, como en todas las cosas, pero acogen la semilla²⁴⁴, y fructifican al principio hierba, es a saber, el culto externo de la religión, después espigas de inteligencia y afecto de todas clases, y al fin buen trigo, esto es, una fe plena que por la caridad produce obras dignas de Dios. No hay que pedir todo el crecimiento en un día. Y si las resoluciones dictadas por el Rey Católico y su Consejo de Indias, llenas de sabiduría y eficacia, conforme al celo que tienen de la religión cristiana, y al cuidado de la salvación de los indios, para el bien y adelanto de ellos, se pusiesen en ejecución con la misma diligencia y fidelidad con que han sido elaboradas, no solamente sería fácil y gustosa, sino también muy fructuosa y en breve tiempo, la predicación y verdadera conversión de los naturales.

Y con todo, como quiera que hasta ahora se hayan administrado las cosas, no van tal mal, que no se hayan ganado para Jesucristo muchos millares de indios. Y donde algunos Elías y excesivos celadores de la honra de Dios claman que todos los indios van detrás de Baal, que todos retienen sus guacas y adoran a su Zupai, no faltan más de siete mil que se ha reservado el Señor para sí, los cuales no doblan la rodilla ante Baal²⁴⁵, y aún no falta algún Abdías enriquecido por Dios con espíritu de profecía. Conoce el Señor los que son suyos²⁴⁶, y todas las gentes le han de servir²⁴⁷. Siendo, pues, esto así, no es de pecho cristiano, sino sumamente ajeno al espíritu de Cristo, retraer a los hombres del ministerio de los indios y exhortarlos a que lo abandonen, no pudiendo ser las dificultades, por grandes que sean, más poderosas que el precepto de Jesucristo y su gracia; ni el fruto, sino muy copioso en tan infinita muchedumbre, y el premio ante Dios mucho mayor.



Capítulo XVI

Que al presente con el trabajo de los ministros del Evangelio es mucho mayor el fruto de las almas

Solemos nosotros medir el fruto de la predicación evangélica por la muchedumbre de las almas que se convierten, conforme a lo que está escrito: «Yo recogeré en uno las reliquias de Israel, lo pondré junto como rebaño en el aprisco, como ganado en medio de las majadas, harán grande estruendo por la muchedumbre de los hombres»²⁴⁸. Y, sin embargo, el Señor dice que «son muchos los llamados y pocos los escogidos»²⁴⁹, muchos los invitados al evangelio como a aquel festín de bodas, y pocos los dignos de entrar al convite²⁵⁰. Lo cual, considerándolo Pablo, teme por sí mismo²⁵¹, y, no contento con la gracia de su vocación extraordinaria, todavía castiga su cuerpo y doma su carne, no sea que predicando a otros sea él

hecho réprobo. Y quiere que su propósito no nos pase inadvertido, a fin de que viendo a los antiguos padres²⁵², que fueron colmados de tantos beneficios y lavados con el bautismo prefigurativo, y hechos participantes de la mesa espiritual del Señor, y, sin embargo, entre tantos millares, apenas uno u otro fué del todo agradable a los ojos de Dios, quien les juró airado que no entrarían en su descanso²⁵³; nosotros también temamos, y no nos aseguremos de la gracia recibida, y entendiendo todo lo que está escrito para nuestra corrección, aun el que de nosotros crea que está firme en la gracia del evangelio, procure con toda diligencia no caer de ella. Porque de poco sirve recibir la semilla y hacerla germinar, si después por el ardor del sol, o por el vicio de las espinas, parece. Pocos son los que se salvan²⁵⁴, y no siempre creciendo la gente se acrecienta la alegría²⁵⁵; y aunque fueren los hijos de Israel tan numerosos como las estrellas del cielo, solamente las reliquias serán salvas²⁵⁶. Porque toda la ciudad de los elegidos es ciertamente en sí grande; más comparada con la muchedumbre de los hijos de este siglo es tan pequeña, que con razón es comparada por los profetas con las reliquias que quedan en un gran montón o de un abundante festín²⁵⁷.

Todo esto va enderezado a refutar la vana opinión de algunos que, desconociendo la justicia de Dios y queriendo sustentar la suya, no se someten a la voluntad divina. Porque los tales se imaginan que obtienen mies abundante, cuando las cosas suceden a su gusto, y si convierten millares de hombres, apenas creen que bastan para fruto de su trabajo, en los cuales hay que alabar el deseo, mas corregir la presunción, no sea que emulando las glorias apostólicas y las primicias del evangelio, todo lo que es inferior o menos glorioso lo tengan por esterilidad y pobreza. Conténtese el operario de que en el fruto de sus trabajos se cumpla la voluntad de Dios. Mas si medimos las ganancias del evangelio por su misma muchedumbre, no comprendo por qué, dado el trabajo y esfuerzo de los ministros, no les parecen mayores los frutos de salvación de los indios. Porque fijándonos en lo que todos conocen, y los más empedernidos adversarios no niegan, la multitud de los niños bautizados que mueren en el señor es grandísima. ¡Cuántos millares de criaturas no son arrancadas todos los días de la muerte eterna por el santo bautismo! Rescatados muy pronto de la tierra, son frutos tiernos de la sangre de Cristo que se ofrecen inmaculados a Dios. Es cosa sabida en todas partes que muchos niños mueren recién nacidos, por lo cual dice Aristóteles²⁵⁸ que fué costumbre de los gentiles no poner nombre a los niños antes del octavo día, cuando ya se suponía que vivirían, como si en los primeros siete días aún no mereciesen llevar nombre por la inseguridad de la vida. Mas en la región de los trópicos, como muchos afirman, no se sabe por qué oculto influjo del cielo o del aire, es mucho más frecuente que los recién nacidos mueran a los pocos días, de suerte que no es fácil decir qué porción es mayor, la de los que mueren o los que viven. Pues toda esa muchedumbre adquiere Jesucristo, amador de los niños, purificados con las aguas del bautismo, precio de su sangre. ¿Quién no dará por bien empleado todo el trabajo de las Indias por solo este fruto?

Pero volvamos los ojos a los mayores. Sabemos que es la palabra firme de Dios que en la última agonía se da la sentencia acerca de toda la vida, de suerte que a quien la muerte coge justificado no le dañan las anteriores maldades de su vida. Pues bien, es opinión común y principalmente de los que más han vivido con indios, que cuando llega la hora de la muerte la mayor parte de ellos llaman al sacerdote y piden instantemente que les asista el padre, y confiesan seriamente y con dolor sus pecados. y dan grandes señales de fe y verdadera penitencia, y esto pudiendo pasarse a solas y a su gusto sin ningún testigo. Habiendo yo oído referir esta disposición de los indios, y aun habiéndola experimentado en parte por mí mismo, pregunté, sin embargo, a algunos que creía más experimentados, y que no eran bien afectos a la causa de los indios. Y aunque hay no pocos, principalmente entre los curacas e indios viejos, que en la hora de la muerte manifiestan abiertamente su infidelidad, sin embargo pude comprobar por testimonio de todos, que la mayor parte lo hacían como hemos dicho. Lo cual sólo da gran esperanza de la salvación de los indios, porque claro indicio es de verdadera fe interior desear y pedir en esa hora la penitencia eclesiástica, pues con eso dan testimonio de la religión que llevan en su ánimo, una vez que ya no hay razón de usar de ficción o dejarse llevar del miedo. Y a este propósito contaba el obispo de Popayán, varón que de muchos años atrás había estado en Méjico, con otros de su orden de San Agustín, que se espantaba de la fe de aquellos indios, que cuando les llegaba la última enfermedad y se hallaban próximos a morir, se hacían llevar por sus parientes acostados en sus hamacas, camino de seis y siete y aún más millas, al clérigo o fraile para poderse confesar, de suerte que a veces se les encontraba así en los caminos y morían antes de llegar. Y no hay duda que no pocos de ellos, dada su fe y su piedad, conseguirían de Dios por la penitencia el perdón de sus pecados e irían a la vida eterna. Porque quienes menos han recibido de talento natural, de menos tendrán quedar cuenta, según la palabra del Salvador²⁵⁹, y es cierto que al pequeño se le concede misericordia²⁶⁰.

Además, los pecados de los indios no son de los que vuelven a Dios inexorable y que en la misma hora de la muerte los venga, como se dice en la Escritura de los pecados contra el Espíritu Santo, cometidos con malicia especial²⁶¹; antes por lo común pecan por ignorancia o incitados por la fragilidad de la carne, tanto que, quitadas aparte las borracheras y deshonestidades, apenas tienen otros pecados; y, finalmente, no se ven impedimentos por la dificultad de la restitución, o por injurias o enemistades, ni por obstinación que los empuje al crimen, no habiendo entre ellos por lo común sentimiento de avaricia o de violencia. Todo lo cual con razón nos induce a tener gran confianza en la eterna salvación de estos infelices, sobre todo alzando los ojos a la clemencia de aquel que no rechaza la oblación, aunque corta, del pobre y miserable. Más aún, yo me persuado que son mejores las confesiones y más verdadera la penitencia de estos desgraciados que la de muchos poderosos y sabios de este mundo, que mueren con grande pompa y aparato y rodeados de gran cantidad de sacerdotes, y dejando legados a las iglesias de las riquezas mal adquiridas. Sólo Dios que conoce los corazones de, todos sabe de dónde se salvan más. Muchas veces lo que es grande a los ojos de los hombres, es abominable a los

ojos de Dios²⁶². Así que nadie juzgue a otro ni desprecie a los que el mundo tiene por necios y viles.

Por tanto, cuando no vemos que los ministros del evangelio se hayan fatigado demasiado por Cristo, no nos es lícito acusar de esterilidad a la tierra, pues para ministros tan poco diligentes gozamos los frutos que se ven, y mayores, sin duda, los tendríamos si la calidad de los ministros respondiese a la dignidad del evangelio. Y no hay que tener en poco haber expulsado al demonio y que reine Cristo, y que en vez de los nefarios e inmundos sacrificios de los ídolos, se celebren los santos sacramentos de la Iglesia, que cada día disminuyan las hechicerías, crímenes y parricidios, y la maldad no pueda crecer libremente. Ruge Satanás de verse expulsado, y con todas sus fuerzas procura volver a la antigua morada de su posesión²⁶³. Por eso la quiere libre de sacerdotes de Cristo, y con dolor de verse despojado de heredad tan antigua, se vuelve a todas partes y toma mil figuras él que tiene mil nombres y mil maneras de dañar, para persuadir a los siervos de Dios que son vanos e inútiles sus trabajos, a fin de que, vencidos de la indolencia o el desaliento, dejen desamparadas las ovejas de Cristo para que sean al punto muertas por el lobo infernal. Pero está Dios despierto en la defensa de su pueblo y clama: «El que no recoge conmigo, desparrama, y el que no está conmigo, está contra mí»²⁶⁴. Aún nos exhorta, aún nos amonesta a levantar los ojos y ver los campos dorados para la mies²⁶⁵, para que el que siembra se alegre juntamente con el que siega.



Capítulo XVII

Con paciencia y trabajo se consiguen frutos abundantes en este campo del Señor

La palabra del Salvador que comprueba la verdad del adagio de que uno es el que siembra y otro el que siega²⁶⁶, nos debería confirmar y consolar cuando no se ve al ojo el fruto de fe y caridad correspondiente a la diligencia en sembrar la divina palabra. Porque puede muy bien suceder que el tiempo presente sea de la siembra, y el de la siega esté reservado para más tarde. De los apóstoles se dice que entraron en el trabajo de los profetas, y, sin embargo, ni unos ni otros fructificaron para sí, sino para Dios, que sabe dar a cada cosa su sazón, como dice el Sabio. Mas el hombre se aflige porque no conoce el porvenir²⁶⁷; y, sin embargo, el que ara debe arar con esperanza del fruto²⁶⁸, y aunque la esperanza dilatada da dolor²⁶⁹, debe con todo juntar con su esperanza la paciencia y longanimidad. «Mirad al labrador, dice Santiago apóstol, cómo espera el fruto precioso de la tierra, aguardando con paciencia la lluvia temprana y tardía»²⁷⁰. «Tened, pues, vosotros también paciencia, y confirmad vuestros corazones. Abraham con la paciencia alcanzó las

promesas»²⁷¹. Y casi toda la historia y la palabra de Dios se endereza principalmente a que por la paciencia y la consolación de las escrituras, mantengan su esperanza²⁷² los que trabajan sin ver el fruto de su sudor. Nada grande ni digno de gloria se ha hecho jamás sin la paciencia. A. los romanos, que se apoderaron del mundo principalmente con la paciencia y la tolerancia, los alaban no solamente las letras profanas, sino también las sagradas²⁷³; y no fué tan admirable su poder en la fortuna próspera, cuanto su constancia en la adversa.

No nos damos cuenta de las dificultades de la naciente Iglesia, nosotros nacidos de padres cristianos y educados entre cristianos. Ciertamente la fe, donde más firmes raíces tiene ahora, más laboriosos principios tuvo. Es, pues, insensato medir el fruto de la semilla evangélica sólo por el estado presente. En la Ley está escrito: «Cuando hubiéreis entrado en la tierra, y plantado en ella árboles frutales, cortaréis sus prepucios; los frutos que produzcan serán inmundos para vosotros y no comeréis de ellos; mas al cuarto año, todo el fruto de ellos será consagrado en alabanza del Señor, y al quinto año comeréis libremente los frutos que dieren»²⁷⁴. Sucede, pues, que tal vez estemos recién entrados en la tierra y todavía no cogemos de los árboles plantados frutos maduros que se puedan comer; que la fe de los indios aún no da fruto digno de la hambre, de los predicadores; todavía hay que despreciar los frutos primerizos, todavía tienen excesivo sabor de la antigua gentilidad. Pues bien: ¿qué haremos? ¿Siempre ha de ser así? ¿Quién puede dudar que en las generaciones posteriores brotarán frutos dignos de ser presentados a Dios, desterrado ya todo sabor antiguo? Serán los hijos mejores que sus padres, como lo demuestra la experiencia; serán más idóneos para la fe, estarán menos imbuídos en las supersticiones paternas, serán criados con más cuidado en la religión. No llevan razón los que pronostican para siempre cosas infaustas. No hay nación más dócil y sujeta que los indios; no son de ingenio duro y cerrado, y tienen avidez por imitar lo que ven; con los que tienen el poder y la autoridad, sumisos al extremo, hacen al punto lo que les mandan. Cualquiera que tenga alguna experiencia de los indios, aunque sea poca, no podrá negar que éstas son sus costumbres y cualidades. El día que tengan maestros diligentes, que ardan en amor de Dios, que apacienten las ovejas que les han sido confiadas con buen ejemplo y sana doctrina, ¿cuánto no hemos de prometernos con la ayuda ante todo de la divina gracia que nunca falta a los suyos?

Pero como todo aquí dicen ser áspero y adverso, o al menos así lo piensan muchos, haremos ver cómo con el trabajo y la paciencia todo se vence, y que de principios calamitosos y desesperados suelen seguirse resultados alegres. Y lo mostraremos más que con razones con el ejemplo de los Padres, que persuade más. Me place referir lo que escribe San Bernardo de San Malaquías, cuando fué creado obispo de Connereth, ciudad de Hibernia²⁷⁵. «Cuando comenzó, dice, a hacer las cosas de su oficio, le pareció al varón de Dios que no había sido enviado a hombres, sino a bestias; nunca los había encontrado semejantes en toda suerte de barbarie, tan insolentes en sus costumbres, tan salvajes en las ceremonias, tan impíos para la fe, bárbaros para las leyes, rebeldes a la disciplina, sucios en la vida: critianos en el

nombre, de hecho paganos; no había quien pagara los diezmos o primicias, quien contrajese matrimonio, quien se confesase, quien pidiese penitencia ni la admitiese. Los ministros del altar eran muy pocos, y ¿para qué más, si esos pocos vivían ociosos entre los laicos? No había quien con su trabajo fructificase en un pueblo malvado; no se oía en las iglesias voz que predicase o cantase las alabanzas de Dios». Hasta aquí San Bernardo. No habrá ninguno tan enemigo de la causa de los indios que no confiese que mejor que el de Hibernia, o al menos no tan malo es el estado y las costumbres de nuestro Perú. Pero sigamos escuchando lo que hizo el buen ministro de Jesucristo en un pueblo tan perdido. «¿Qué había de hacer, dice, el atleta de Cristo? O retirarse torpemente, a luchar peligrosamente. Pero él que se sentía pastor, no mercenario, eligió antes quedarse que huir, preparado a dar la vida por sus ovejas si era necesario. Y aunque todos eran lobos y ninguno oveja, se puso intrépido en medio de los lobos, pensando de todas maneras cómo los trocaría en ovejas. Les avisaba en común, los corregía en particular. por todos lloraba, a cada uno trataba áspera o suavemente, según convenía; y por los que ningún medio aprovechaba, ofrecía a Dios sacrificio con corazón contrito y humillado. ¡Cuántas veces pasó las noches de claro en claro en oración! Y cuando no querían venir a la iglesia salía él a las calles y plazas, y daba la vuelta a la ciudad, buscando sin aliento a quién ganar para Cristo». Y ¿cuál es el resultado de tantos esfuerzos?, preguntará alguno. Después de haber referido Bernardo las muchas injurias y dificultades que pasó por Cristo Malaquías, añade: «Perseveró llamando, y conforme a la promesa²⁷⁶, al fin le abrieron. Cesó la dureza, se apaciguó la barbarie, y la casa exasperada poco a poco comenzó a amansarse y admitir la corrección y a recibir la disciplina. Se suprimen las leyes bárbaras, se introducen las romanas, se reciben por todas partes las costumbres de la Iglesia, se extirpan las gentílicas, se reedifican las basílicas, se ordenan del clero entre ellos, se celebran debidamente las sagradas solemnidades, se oyen confesiones, acude, la plebe a la iglesia, las bodas solemnes santifican las uniones concubinarias. En una palabra, las cosas se cambiaron en mejor de tal manera, que hoy se puede aplicar a aquella gente lo que dice el Señor por el profeta: «El que antes no era mi pueblo, ahora lo es»²⁷⁷.

Esto dice San Bernardo; y helo trasladado por extenso, para que en caso parecido aprendamos la industria y diligencia del buen soldado de Cristo, y pongamos con fe y perseverancia los ojos en el fruto cierto y copioso, y no se culpe al suelo estéril y silvestre de nuestra disimulada desidia. Añadiré, otro ejemplo tomado del venerable Beda. Refiere de Melito, enviado por San Gregorio Magno, juntamente con San Agustín a los ingleses²⁷⁸, que habiendo tenido que dejar su sede por las injurias del rey enfurecido y por el corto número de la plebe fiel, vino a Cantua para tratar con Lorenzo y Justo, también obispo como él, de las cosas necesarias, y de común acuerdo resolvieron que, era mejor volverse a su patria y servir allí libremente a Dios, que no residir sin fruto entre bárbaros rebeldes a la fe. Así, pues, Melito y Justo volvieron a la Galia, mas Lorenzo, queriéndolos seguir cuando iba va a dejar Bretaña, mandó que esa noche le preparasen para dormir en la iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo; y después de larga oración y

muchas lágrimas rogando a Dios por el estado de la Iglesia, como se, durmiese, le apareció el glorioso príncipe de los apóstoles, y dándole en el tiempo secreto de la noche muchos azotes, le preguntaba con severidad por qué abandonaba la grey que le había sido confiada. «¿Te has olvidado, le decía, de mi ejemplo, que por los pequeños que me encomendó Cristo como muestra de amor padecí cadenas, azotes, cárceles, aflicciones y la misma suerte y muerte de cruz, por mano de infieles enemigos de Cristo, para ser coronado con Cristo?» Confortado y enseñado Lorenzo con esta exhortación y castigo, determinó quedarse, llamó de la Galia a los compañeros, fué al rey, hasta entonces enemigo, y mostrándole las heridas lo ganó para Jesucristo, procuró con mucha diligencia la salvación de todos y, al fin, obtuvo el premio de su perseverancia. Porque sólo el que persevera hasta el fin es coronado. Con estos documentos son amonestados los soldados de Cristo a luchar hasta la muerte, y en medio de la adversidad, confiados en el auxilio divino, esperar constantemente la victoria. A nosotros nos toca pelear con todas nuestras fuerzas, y a Dios que gana las batallas, vencer. Campo es de Dios, edificación es de Dios²⁷⁹; y ni el que planta es nada ni el que riega, sino Dios, el que da el crecimiento, y cada uno según su trabajo recibirá la recompensa.



Capítulo XVIII

Que no solamente hay esperanza de fruto cierto para el porvenir, sino documentos ciertos del presente

Todo lo que hasta aquí va escrito de la predicación del evangelio a los indios confieso que lo compuse teniendo yo mismo opinión poco favorable a ellos, y sin esperanza de que se llegase nunca a cosechar fruto notable. Y aunque me declaro sincero amigo de los indios, no se me oculta que lo dicho hasta ahora no les favorece demasiado, y aun según opinión de algunos les es ofensivo e injurioso; mas prefiero haberlo hecho así y defender modestamente su causa, antes que parecer exagerado panegirista. Y puesto caso que todos ellos fuesen tan bárbaros, irracionales, inhumanos, ingratos, ligeros, rudos e incapaces del evangelio como proclaman calumniosamente los ministros mercenarios que sólo buscan su interés; a tal punto han llegado ya las cosas, que no creemos lícito o tolerable dar por perdida sin remedio la salvación de tantas naciones, y ni los mismos contradictores se atreven a sostenerlo; y aun dado caso que fuese verdad cuanto alegan en ofensa de los indios, no demuestran su opinión de que es conveniente abandonar la salvación de estos infieles.

Si he de decir lo que siento, creo injusto declamar contra el ser mismo y la condición de estas gentes, como si fueran incapaces del evangelio, y estoy cierto que si la fe se hubiera introducido en este reino como manda Jesucristo, no habría producido aquí menores frutos que los que leemos de la Iglesia apostólica y primitiva. Porque si a pesar de tanta maldad de nuestros hombres, todavía los indios creen en Dios, y cuando tropiezan con un sacerdote o ministro real o encomendero de mejores costumbres, le respetan y oyen con admirable docilidad, y se vuelven blandos como la cera, y se esfuerzan por imitar cuanto ven de bueno y virtuoso, ¿qué sucedería si desde el principio de la predicación hubiesen visto los pies hermosos de los que anuncian el evangelio de la paz, y sabido por experiencia que buscaban sólo a Cristo y el interés de sus almas? Ciertamente los padres de nuestra Compañía, que desde hace ocho años están en estas partes del Perú, y han conocido por experiencia las costumbres y condición de los indios, ya haciendo muchas y prolongadas misiones, ya tomando sus parroquias, ya, por último, tratando continuamente con ellos sin oficio de párrocos, afirman con tanta aseveración haber obtenido en todas partes frutos mayores de los que se esperaban, que ponen a Dios por testigo contra sus almas, si no es así verdad como lo afirman.

Más aún: algunos de nuestros padres más graves y de maduro juicio, aseguran en cartas escritas que en ninguna parte han hallado para el evangelio mies más fácil ni mejor; los cuales ciertamente cuando llegaron de España tenían la opinión vulgar contraria a los indios, mas después de larga experiencia la cambiaron. Porque han hallado ser los indios ingeniosos, dóciles, humildes, amantes de los buenos sacerdotes, obedientes despreciadores del fausto y las riquezas, y lo que a muchos parece más extraño, constantes cuando una vez han recibido la fe y la virtud seriamente y de corazón. Lo cual no me parece difícil de creer, cuando los vemos tan dados a su religión de los Ingas, o a las supersticiones de sus guacas, que por ocultar sus ídolos o tesoros escondidos mueren muchas veces con gusto y prefieren dar su vida y fortuna antes que manifestar los arcanos de la superstición de sus padres. ¿Quién ignora que los indios castigados con azotes o quemados en fuego no declaran en el tormento ni una palabra? Pues, ¿por qué hemos de creer al diablo más poderoso que Cristo en defender su opinión? ¿O que los hombres criados y redimidos por Dios han de tener más constancia en lo falso y pernicioso que en lo verdadero y saludable? Dadme para los indios varones apostólicos, y yo os daré de los indios frutos apostólicos.

A los de la Compañía, tal vez porque ven en ellos no sé qué apariencia de vida honesta y desprecio de la riqueza, acuden los indios de tal manera que es ordinario venir a confesarse aun de distancia de treinta y ochenta leguas a pie. Los hemos visto acudir a los sermones tan asiduamente, que parecen tener hambre insaciable de oírlos, yendo de uno a otro hasta cuatro o cinco en un día, y esto todos los domingos y fiestas. Quien presenciara la muchedumbre que acude al sacramento de la penitencia, creería que había jubileo o era cuaresma. Ruegan que les impongan grandes penitencias, y si no se las dan a su gusto, ellos se las toman castigándose duramente. Unos a otros se invitan, y apenas pueden nuestros padres satisfacer a

tanto penitente. Son constantes en su propósito de enmienda, y de algunas mujeres de seso más débil se ha sabido que no han bastado ruegos ni amenazas, ni aun ponerles las espadas al cuello, para hacerlas consentir en estar con sus antiguos amadores. Dan fácilmente todas sus cosas. Tienen grande hambre del cuerpo de Cristo, y a los que se les concede, lo reciben con mucha pureza de alma, y lo conservan religiosamente, y declaran que después de haber comulgado no pueden ya hacer ninguna maldad. Y por haber un indio tenido una fragilidad, concibió tal enojo contra sí, que faltó poco para que no se diese la muerte, como impío y sacrílego, traidor del cuerpo del Señor. Consta de, algunos a quien la divina gracia hace tanta merced, que llegan a sentir altamente de las cosas divinas, y no ha faltado quien ha tenido el don de profecía.

Exageradas parecerán a algunos estas cosas y se reirán de ellas como de patrañas, pero son ciertas y averiguadas. Y cualquiera cosa que digan en contrario los que se creen ellos solos cristianos, también en las naciones se ha difundido la gracia de Dios, y, no hace el Señor diferencia entre ellos y nosotros, purificando por la fe sus corazones. Algunos convencidos por la realidad confiesan que nunca han visto cosa tal en las Indias, y ni siquiera la imaginaron, y se espantan y dan gracias a Dios misericordioso padre de los huérfanos, y aun algunos quieren seguir a los nuestros y unírseles en este feliz crecimiento del evangelio; pero muchos persisten en la contradicción, cuando sería más conveniente que se alegrasen de la salvación de sus hermanos y se congratulasen amigablemente con los compañeros. Y lo que han hecho los nuestros hasta el presente no excede lo que cualquiera operario del evangelio bueno y experto puede hacer; y los que de nuestra Compañía están consagrados al ministerio de los indios, son muy pocos para lo que requiere el excesivo número de ellos.

De todo lo cual fácilmente podrá deducirse qué insigne y abundante fruto se conseguirá el día que el Padre de familias se digne enviar a esta mies muchos operarios dotados del esfuerzo e industria que son necesarios. Y aunque creemos que hay muchas naciones dispuestas para el evangelio de la manera que decimos, y de los naturales del Perú así lo hemos experimentado, sin embargo en los libros restantes guardaremos medida sin usar de tanta generalidad, que parezca echamos en olvido otras naciones de indios que no ignoramos están menos dispuestas para la fe. Porque aunque en cuanto decimos atendemos principalmente a los indios del Perú que conocemos, deseáramos que fuese provechoso a la salvación de las demás naciones. Pues aun entre los indios que pusimos en la tercera categoría sabemos que la gracia del evangelio consigue ricos y copiosos frutos. Ciertamente los del Brasil no ceden en fiereza y bestialidad a ningunos bárbaros, y, sin embargo, por obra principalmente de los padres de la Compañía, se han amansado y hecho a las leyes divinas y humanas, como lo refieren las cartas de aquella provincia, y viven ya como hombres y buenos cristianos. Tiene ahora también sus primicias la fe; produce el evangelio frutos entre los infieles mayores de lo que se puede pensar. Resta solamente orar por que Cristo nuestro Señor nos haga dignos ministros del nuevo testamento, porque ¿quién lo será para tan alto ministerio?

Hemos declarado hasta aquí que la predicación del evangelio a los indios, aunque difícil, es necesaria y rica de fruto. En los libros siguientes trataremos de la manera cómo se ha de llevar a cabo.